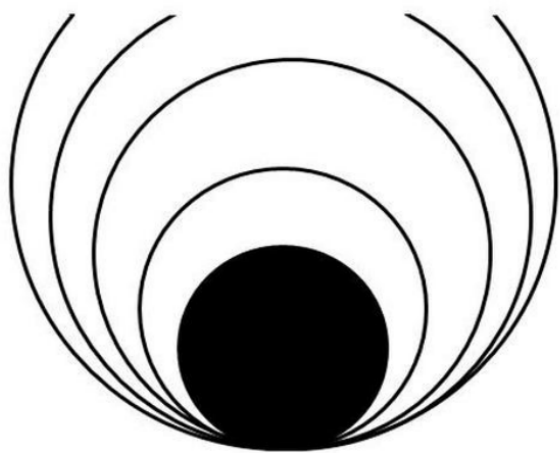




MIEDO PARA LAS ADOLESCENTES

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.500 - Los tentáculos del terror mundial.

En Colección **PUNTO ROJO:**

890 - Merodeador en el Tamesis.

En Colección **LA HUELLA:**

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

MIEDO PARA LAS ADOLESCENTES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 895
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

Dépósito legal: B. 14.967 - 1979
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: junio, 1979

© Curtis Garland - 1979
texto

© Deslio - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

—Creo que es hora de marcharnos, muchachas. No sólo va a oscurecer pronto, sino que esas nubes no me gustan nada.

—Cierto, señorita —asintió una de las jóvenes, sacudiendo su cabello, empapado por el agua del mar. Elevó sus ojos al cielo, mientras tomaba la toalla para secar el cuerpo mojado por el reciente baño en las aguas que comenzaban a tomar un tono frío y plomizo—. Creo que va a llover.

Vanessa Graves asintió, pensativa, abotonando la blusa sobre su mojada pieza superior del bikini. Las demás muchachas reían, corriendo por la arena o lanzándose al agua, mezclando sus gritos alegres con los estridentes chirridos de las gaviotas.

—Será mejor irse preparando para volver a la residencia —dijo mientras recogía su falda y la ajustaba a su cuerpo, envolviéndose en ella y asegurándola en la cintura—. Después de todo, ya será tarde cuando lleguemos allí. La hora justa para cenar y descansar un poco. Espero que este domingo lo hayáis pasado todas bien...

—Por supuesto, señorita Graves —dijo otra muchacha, de rizados cabellos rojos, estirándose perezosamente sobre su toalla multicolor, tendida en la húmeda arena que poco antes calentaba el agradable sol de finales del verano—. Ha sido el mejor domingo que recuerdo haber pasado en la temporada, se lo aseguro.

—¿Quién podía pasar un buen festivo con una persona como el señor Reynolds? —se quejó otra chica, que llegaba corriendo desde la orilla de la playa—. Era un hombre triste y aburrido.

—Peor que eso —sentenció la que hablara antes—. Era un monstruo de crueldad y de mala fe.

—¡Susan! —la reprochó Vanessa Graves con cierta severidad en el tono—. Eso no se dice de un profesor...

—Un exprofesor —rió la otra joven alegremente—. Por fortuna, usted ha ocupado su lugar, señorita Graves. Y él se ha ido lejos de

nosotras, con su siniestro aire de sepulturero...

—Por favor, por favor —rogó severamente la profesora, volviéndose a la muchacha que acababa de hablar—. Tanto Susan como tú, Greta, habláis con poco respeto de alguien que ha sido vuestro profesor y guía durante un tiempo. El profesor Reynolds ha sido siempre un hombre amargado y triste, lo reconozco, pero también era un buen profesor. —Quizás, señorita— rió la llamada Greta. —Pero todas respiramos tranquilas cuando le despidieron para que usted viniera; Hemos pasado días interminables, aburridos y tristes, metidas en aquel lóbrego cuarto de labores, mientras las demás muchachas de nuestra edad corrían por todas partes, divirtiéndose.

—Cada uno tiene sus métodos —trató de justificar Vanessa—. Yo no apruebo lo del señor Reynolds, pero eso no quiere decir que admita censuras a su labor. El ya no está aquí, queridas, y creo que es noble y honesto no ensañarse con quien ya no puede escuchar lo que se opina de él. Olvidadle, y nada más. Sabéis que yo no pienso como él, y tengo métodos muy diferentes. Eso es lo que debe importarnos ahora. Y dejemos ya la charla.

Hay que volver a la residencia. Y cuanto antes mejor. No me gusta nada el color de aquellas nubes, ni el aire frío que se ha levantado.

Las jóvenes comenzaron a vestirse con rapidez, entre risas y bromas. Vanessa Graves se aproximó a la orilla de la playa, dio varias palmadas, y las jóvenes salieron riendo de las aguas espumeantes que se iban tornando más y más frías y grises en las blancas costas de Dover, no lejos de la pintoresca población costera de Folkestone, donde los Sea Link nacían o morían en su ruta sobre el Canal, contactando con la costa francesa y el puerto de Calais. Los *ferrys* podían ser visibles desde aquella apacible playa cuando su ancha mole se deslizaba sobre las aguas, en su invariable travesía.

—Vamos, vamos —apremió Vanessa a sus jóvenes pupilas—. El tiempo se pone feo, y hemos de estar en la residencia para la cena. En marcha todas. El próximo domingo es posible que aún haga buen tiempo para disfrutar del mar y del sol. Si no, elegiremos un teatro o un cine de Londres adonde ir... ¿Conformes todas?

Grandes hurras acogieron su idea, y las muchachas apresuraron

el arreglo para correr al microbús privado que esperaba más allá de la arboleda costera, en la carretera de Londres. La tarde declinaba con rapidez, y las últimas muchachas que abandonaron el agua, sentían ya escalofríos por el contacto de la humedad marina.

—Va a ser una mala semana —pronosticó Susan, recogiendo sus últimas cosas en una bolsa de lona, y caminando junto a Vanessa Graves hacia el microbús—. Sospecho que tendremos lluvias y mal tiempo... Lástima de verano que se acaba.

—Todo termina, Susan —sonrió su profesora suavemente, sin dejar de caminar sobre la arena—. Incluso el verano... Como también terminará el invierno que aún está por empezar. Es el ritmo de la vida misma. Lo bueno y lo malo tienen siempre su final, unas veces por fortuna, las otras desgraciadamente, según sea el signo de lo que dio fin... —Señorita, creo qué es la primera vez que me he sentido feliz en el orfanato...— dijo Susan inesperadamente.

—¿De veras? —Vanessa la miró de soslayo—. Eso me alegra mucho, Susan. Mi mayor deseo es que todas vosotras, absolutamente todas, olvidéis la clase de establecimiento en que os halláis, y penséis que sois simplemente unas internas con familia, como las hay en cualquier otra residencia de lujo de este país o de cualquier otro. Hay que olvidarse de esos problemas y de sus posibles traumas. Sé que el profesor Reynolds hacía todo lo contrario con vosotras, y por eso la dirección resolvió cambiar de profesor. Yo sé que tenéis compañeras que disponen de algún pariente o familiar, con el que pasar estas semanas de vacaciones, al igual que las de Navidad, pongamos por caso. Pero vosotras requerís más atenciones y cuidados, más entrega en vuestra educación pero, sobre todo, en vuestras diversiones de estos días.

—Hemos tenido suerte, señorita Graves —suspiró Susan, mirando con afecto a su joven profesora—. Al venir usted con nosotras, esto ha cambiado mucho, y empezamos a sentirnos diferentes. Muy diferentes a como éramos antes de llegar usted...

—Es lo que deseaba conseguir. ¿Y sabes la razón, Susan?

—Me imagino que porque usted, señorita Graves, desea hacer de nosotras unas muchachas sin complejos...

—No es sólo por eso, aunque sea el máximo objetivo de mi labor. Hay otra razón más decisiva en ello.

—¿Cuál es?

—Que yo también he sido huérfana de padre y madre, y carente de familia, querida —suspiró Vanessa, dando así por terminada la breve charla con su pupila, cuando ya las demás jóvenes del grupo emprendían la marcha tras ellas, cantando alegres tonadas juveniles.

Susan miró con perplejidad y admiración a su maestra, y sin decir nada siguió en pos de ella, sumida en profundas reflexiones.

Llegaron a la carretera cuando el nublado se hacía ya denso y sombrío sobre el paraje playero. El microbús esperaba. Ante él, paseaba su conductor, fumando un cigarrillo distraídamente.

Al oírlas llegar, giró la cabeza y las contempló. Tiró la punta del cigarrillo y la pisó con el tacón. Luego, emprendió la marcha hacia el coche. Su rostro enjuto no reveló la menor emoción.

—Mirad, ahí sigue —comentó la muchacha llamada Greta, con una risa—. Woody nunca cambia. Es siempre el mismo. Como si llevara ganado en su vehículo, en vez de chicas jóvenes y nada feas, ¿no os parece?

Todas rieron a coro el comentario. El chófer se detuvo con un pie en el estribo. Giró la cabeza un poco. Sobre su hombro, unos ojos algo bizcos, muy azules y hoscós, se clavaron en las chicas con aire más bien agresivo y malhumorado.

Pareció que iba a decir algo, pero sin duda lo pensó mejor, porque volvió a desviar la mirada y se metió en el vehículo sin hacer comentario alguno. Las chicas volvieron a reír, y una joven muy rubia, de pelo largo, liso y suave, comentó en voz alta, con tono burlón:

—Creo que nunca perdonará a la residencia que despidiesen al profesor Reynolds. Eran muy buenos amigos los dos...

—Demasiado buenos amigos —terció otra chica de rostro moreno y cabellos oscuros y rizosos—. Yo siempre pensé si serían homosexuales...

Otro coro de risas acogió el comentario. Woody, el chófer del orfanato, no pareció darse por enterado de nada, pero Vanessa Graves estuvo segura de que había escuchado las imprudentes palabras de su morena discípula, porque un destello de ira mal contenida brilló en sus ojos, aunque eso fue todo lo que reveló su rostro huidizo y frío.

—Vamos, vamos, chicas, ¿qué respeto es ése a los demás? —

reprendió con severidad la profesora, encarándose en especial con la que había hablado—. ¿Es que vais a demostrar de ese modo la educación que se os da? Me estáis avergonzando, la verdad. Sobre todo tú, Cherry.

—Lo siento, señorita Graves —bajó la cabeza la muchacha, con aire abatido—. Nunca más diré algo así.

—Eso espero, Cherry. No me complacen las alusiones de mal gusto, entiéndelo. Y eso va por todas vosotras. Woody es un trabajador eficiente, y nadie debe meterse con él. Pero sé cómo sois, y que todo os divierte. Aun en un caso así, lo último que una señorita debe hacer, es burlarse de modo grosero de nadie. Ahora, subid al coche.

En silencio, como avergonzadas, todas ascendieron al microbús. Woody permaneció imperturbable, sentado ante el volante, sin hacer otra cosa que mirar fríamente por el retrovisor. Una de las chicas, la rubia de larga melena suave, observó cómo los ojos bizqueantes del chófer se fijaban en un punto determinado de su anatomía al ascender ella el estribo. Ese punto era uno bastante alto, bajo sus faldas. Sin duda había captado la visión de sus blancos muslos juveniles, y una contracción en la boca del conductor reveló alguna emoción contenida.

—Homosexual... —comentó entre dientes la rubia joven a una compañera, mientras tomaban asiento en el microbús de la residencia—. Yo diría otra cosa de Woody, Olivia. —¿Qué, Greta?

—Me estaba mirando las piernas de un modo... Creo que lo que es Woody, es exactamente un morbos, uno de esos tipos que deben masturbarse cuando ven a una chica a medio vestir...

—Greta, ¿tú crees? —se extrañó su compañera—. Parece tan tímido...

—Ésos son los peores —suspiró la jovencita rubia—. Ni siquiera quiso venir a la playa con nosotras. ¿Crees que por discreción? Yo pienso en otros motivos. Seguramente le excita tanto la contemplación de tantas chicas en bikini, que prefiere evitar que descubramos sus instintos.

—Casi me das miedo. Con un tipo así en el orfanato, empiezo a preguntarme si estaremos todas seguras...

—Bah, no seas chiquilla —la reprendió severamente su amiga—. Ya somos casi mujeres... —¿Con dieciséis años la mayor de

nosotras?— dudó Olivia, encogiéndose de hombros y revelando sus dudas en la expresión de sus ojos agrisados. —No sé qué pensar... Hay chicas como Diana y Ellen, que son incluso demasiado mujeres... o muy poco mujeres, si lo quieres expresado de algún modo. Pero las demás... creo que aún somos medio niñas, aunque sólo sea por culpa de la educación que recibimos en el orfanato.

—Ya sé por dónde vas —sonrió Greta, que estaba mirando ahora hacia el acceso del microbús, donde dos chicas entraban, riendo, cogidas fuertemente de la mano. Luego, se sentaron juntas, y sus manos siguieron apretadas, sobre el regazo de una de ellas—. Míralas a las dos... Como dos novios. Me produce náuseas.

—¿Por qué? —rió Olivia en voz baja—. Dicen que se pasa mejor que con un hombre...

—No digas tonterías —rechazó Greta indignada—. Yo nunca trataría de averiguar si una cosa así es cierta. Me atraen los chicos con locura. ¿Qué haría yo con otra mujer?

—Lo que ellas deben hacer en cuanto nadie las ve —se burló Olivia, irónica—. Una noche las oí gemir, y...

—Basta, no me cuentes nada de eso —cortó Greta—. Ya te dije que me da asco. Allá ellas con sus aficiones. No seré yo quien las denuncie a la señorita Graves, pero prefiero ignorar lo que hacen.

—Cherry las sorprendió un día. No te quiero contar. Pero dice que hasta ella se sintió excitada al ver lo que hacían las dos, desnudas y enroscadas en el suelo del cobertizo del jardín...

—Te dije que te callaras —cortó Greta—. Es lo mejor, Olivia, te lo ruego.

—Algunas veces pienso que eres demasiado puritana en ciertas cosas.

—Quizá. Pero me gusta ser así en ciertas cosas. Sin embargo, te aseguro que si me atrae un chico y me encuentro a solas con él, soy capaz de devorarlo sin el menor rodeo. Eso es lo natural, supongo. Lo demás... no sé, no me gusta. Ni lo entiendo.

La mirada de Olivia, curiosa, se dirigía a las dos alumnas que mantenían sus manos apretadas. Observó que el muslo desnudo de Diana, se apretaba contra él de Ellen, su compañera de asiento, y que ambas se miraban a los ojos con dulzura e intensidad.

Pero esta vez, no comentó nada a su amiga. Se había dado cuenta de que el tema distaba mucho de ser del agrado de la rubia

Greta, y optó por callar, dedicándose a mirar de vez en cuando a las dos amiguitas de soslayo y con el mayor disimulo posible.

La última en subir al coche, tras sus diez alumnas, fue la señorita Graves, que dio orden de partir a Woody.

Estaba empezando a llover, el agua golpeaba el parabrisas, y el cielo se había puesto repentinamente negro.

—Lo imaginaba —suspiró Vanessa—. Vamos, Woody, lleguemos lo antes posible a la residencia. Sospecho que la noche va a ser de perros...

—Pienso lo mismo, señorita Graves —fue la respuesta del chófer, cuando ya el microbús evolucionaba para dirigirse a Londres a la mayor velocidad posible.

Quedó atrás la playa de Dover, con sus blancos acantilados próximos, sus aguas cada vez más agitadas entre los arrecifes, y las gaviotas de estridente sonido, que batían sus alas sobre la costa repentinamente oscurecida por la tarde y la tormenta.

El agua aumentó torrencialmente de pronto, y Woody tuvo que poner en funcionamiento los limpiadores, para poder ver a través de la cortina de lluvia. Los faros estaban ya encendidos, porque la negrura del cielo era absoluta ya.

Las adolescentes huérfanas de la residencia empezaban a parecer realmente asustadas, sus miradas fijas en el exterior, tratando de ver algo a través de la fuerte lluvia y de los mojados cristales del vehículo, pero era virtualmente imposible, y las unas se fueron juntando a las otras, en apretada pina en cada doble asiento, sobrecogidas por la súbita tarde borrasca.

—Esto se pone feo —gruñó Woody al volante—. La visibilidad es casi nula, y cae demasiada agua, señorita Graves.

—¿Cree que podríamos sufrir un accidente en la carretera, si esto sigue así?

—Todo es posible, pero procuraré evitar cualquier riesgo. Llegaremos más tarde a la residencia, ya que debo reducir la marcha, pero es mejor eso que no llegar nunca.

—Por supuesto. —Vanessa miró su reloj con impaciencia—. No se apresure. No vale la pena. Conduzca como considere mejor.

—Sí, señorita —asintió Woody, la mirada fija en el exterior—. Creo que vale más ir a poca velocidad. La carretera se ha puesto muy resbaladiza con esta repentina lluvia, y podríamos perder

fácilmente el control...

Estaban ya avanzando entre granjas y bosques, fuera del casco urbano de Folkestone, en dirección a Londres, y el terreno estaba allí formado de verdes prados, densos matorrales y edificios aislados, la mayoría de ellos destinados a la cría de caballos o de reses. Por fortuna, el terreno era llano en aquella parte del país, si bien tenían que cubrir un trecho más accidentado y frondoso, donde abundaban las curvas y escaseaban las viviendas campesinas.

Vanessa Graves, sentada en la primera fila de asientos del microbús, justamente a espaldas del conductor, no desviaba sus ojos de la carretera, aunque sólo podía descubrir, a través de los cristales del parabrisas una densa cortina de agua, los perfiles borrosos de los árboles y setos, y el movimiento rítmico y monocorde de los limpiaparabrisas, tratando de ser más rápidos que la caída del agua sobre el vehículo.

Estaba algo tensa, preocupada por aquella marcha bajo el temporal. La tarde de verano se había vuelto amenazadora y hosca. La oscuridad era ya absoluta, y el sol apacible de la playa parecía distante en el espacio y en el tiempo.

—Es un feo modo de terminar el verano —comentó para sí, aunque Susan, sentada muy cerca de ella, captó su comentario, y se inclinó hacia su profesora.

—Creo que ya no podremos tener otro día de playa, señorita Graves —dijo—. Y como éste es mi último año en la residencia... quizá nunca más volvamos a salir de excursión usted y yo.

—Al menos, sólo de excursión veraniega, Susan —la rectificó sonriente Vanessa—. Recuerda que se puede ir a muchos sitios en los domingos invernales, si el tiempo no es demasiado hostil.

—Sí, eso es cierto —la miró largamente—. Voy a echarla mucho de menos.

—¡Qué tontería! Apenas nos conocemos, Susan. Sólo de esta temporada. Luego, irás al mundo, te enfrentarás con la vida, contigo misma... y ya nunca recordarás tus días del orfanato, salvo para evocar lo agradable y apartar de ti lo ingrato. Me consta por propia experiencia, querida.

—Quizá sea así, señorita. Pero estoy segura de que la recordaré, y mucho. Ha sido muy buena con todas nosotras. Especialmente, conmigo. El profesor Reynolds decía que yo era díscola, que no

tenía remedio.

—Todo el mundo tiene remedio. No eras tan mala, Susan —sonrió Vanessa—. Lo que ocurre es que no se puede aplicar a todo el mundo los mismos métodos. Cada persona es diferente a las demás. No estamos criando ganado, sino educando a muchachas que un día serán mujeres y tendrán que abrirse camino en la vida. Ése fue el objetivo inicial de la Fundación Havisham al crear el orfanato que llamaron muy prudentemente Residencia Waterloo, para que ninguna chica tuviera el trauma de tener que mencionar la palabra «orfanato» en sus cartas o en sus conversaciones con otras personas. Si hay quienes han querido olvidarlo y dar a esa residencia un cariz de casa de caridad a la antigua usanza, allá ellos. Yo sé lo que significa para una muchacha olvidarse en cierto modo de su orfandad y creer que reside en una institución que no tiene nada de caritativa ni oficial. En el fondo, es así. Lo que tampoco aprobaría es que nos cerrásemos a la realidad, negando que es un orfanato, por el simple hecho de que todas sois huérfanas... como yo misma.

—Sí, señorita Graves. Pero esa dimensión de las cosas, sólo usted nos la hizo ver —suspiró Susan—. Por eso la estamos todas tan agradecidas. Y por eso yo la estimo tanto. —Gracias, Susan— la miró con afecto. —Es maravilloso saber que una se gana afectos así en su trabajo, créeme. Yo...

En ese momento, se interrumpió. Woody acababa de lanzar un grito ronco. Dio vueltas súbitas al volante, y el microbús se inclinó a un lado, violentamente, en medio del repentino griterío de las muchachas que lo ocupaban.

—¡Maldita sea, nos vamos fuera! —rugió el chófer, furiosamente, con una nota de terror en su voz, cuando advirtió que el vehículo no le obedecía y estaba fuera de su control, a causa de la brusca maniobra.

Patinó el coche de lado, se vieron sombras altas ante ellos, heridas por el centelleo de los faros, y cuando parecía que iban a estrellarse contra unos árboles, el microbús pasó milagrosamente entre éstos, pero sólo para volcar de pronto, con un crujido violento y gran estruendo de vidrios rotos, deslizándose hacia la negrura amenazadora y mortífera de un barranco.

CAPÍTULO II

El microbús, de haber continuado cayendo, hubiese terminado irremisiblemente destrozado, al fondo del barranco. Pero algo le frenó en seco.

Se quedó volcado hacia su izquierda, a medio caer al fondo, retenido sin duda por algún obstáculo que acababa de salvarles la vida.

Woody yacía inconsciente, sobre el volante. Sus brazos caían hasta el suelo, y un reguero de sangre corría sobre su frente y mejilla. Vanessa, horrorizada, se mantuvo quieta, rígida en su asiento, sin atreverse siquiera a moverse para que el coche no siguiera cayendo. Podía percibir los sordos y amenazadores crujidos de la carrocería, aprisionada contra algo.

Dentro del vehículo, ahora todo era oscuridad, el agua entraba a raudales por algunas ventanillas rotas, y las muchachas se quejaban, sollozaban o gemían, presas del mayor pánico imaginable.

—Quietas todas —silabeó su profesora en un alarde de serenidad—. No os mováis de vuestros asientos. Podríamos caer entonces definitivamente.

Hubo una quietud sobrecogedora dentro del vehículo, pero siguieron sonando llantos y quejas. Vanessa preguntó en voz alta:

—¿Alguien está herida?

—Yo... —Sonó la voz lastimosa de Olivia, entre sollozos—. Creo que me sangra la cabeza. Y un brazo... —¿Alguien más?

—Yo... tengo dolor en las rodillas —musitó otra voz—. Soy Annie, señorita Graves. Y creo que Dona está peor que yo. No se mueve. Pero noto su respiración y sus pulsaciones. Debe estar desvanecida...

—Muy bien. Sigán quietas todas. Voy a intentar salir de aquí y ver lo que ha sucedido. Bajo ningún pretexto se muevan. Eso podría desequilibrar el microbús y lanzarnos al fondo. Yo actuaré con la

mayor cautela posible.

—¿Y Woody? —preguntó una voz aguda—. ¿Está muerto?

—Dios no lo quiera, Cynthia —suspiró Vanessa, respondiendo a la que había hecho la pregunta—. Pero está inconsciente, herido creo... Tenemos que prescindir de su ayuda momentáneamente. Más bien parece ser él quien necesita ser ayudado, lo mismo que Cynthia, Annie o la pobre Dona. Y yo soy la encargada de buscar esa ayuda donde sea. Empezó a moverse en su asiento con la mayor cautela posible. Aun así, percibió un seco crujido al incorporarse, y temió lo peor. Pero el coche aguantó, y ella pudo caminar por la volcada carrocería, encaramándose a unos asientos para alcanzar la puerta derecha, que no aparecía atrapada como la izquierda. Los vidrios se habían roto, pero por fortuna no estaba abollada ni deformada, y pudo accionar su cierre con facilidad.

Empujó lenta, muy lentamente, la puerta que se abría ahora sobre ella, como una escotilla. El coche emitió un nuevo crujido, pero se mantuvo firme. El pulso de Vanessa tembló.

Empezó a encaramarse, y sacó medio cuerpo fuera. La lluvia la azotó sin piedad, empapando sus cabellos y corriendo por su rostro de forma copiosa. En un instante, se mojó por completo el vestido.

Eso no la retuvo. Tomó impulso, hizo un esfuerzo, y logró elevar una de sus esbeltas y bien formadas piernas, apoyándola en el borde de la puerta. Luego, se izó a pulso, y con un último esfuerzo logró salir al exterior, bajo el implacable castigo del aguacero torrencial. —Por fin...— la oyeron jadear sus alumnas, cuando saltó fuera del vehículo, procurando antes aferrar unos arbustos inmediatos, bien visibles, que asomaban entre las ruedas volcadas del vehículo.

Así sujeta, pisó terreno firme, si así se podía llamar a aquel barrizal que descendía en acentuada pendiente hacia el fondo del barranco. Miró hacia su oscura profundidad y tuvo un escalofrío.

Debía de tener unas veinte yardas largas de profundidad. Suficiente para hacerse añicos allá abajo y no salir nadie con vida. Un árbol y unos densos matorrales habían frenado la caída del vehículo, que parecía sostenerse con cierta solidez, pese a su forzada posición. —Parece un milagro...— musitó con fervor, aunque no era excesivamente religiosa, y se persignó con su mano empapada de agua, antes de tantear el terreno, y ver que sólo aferrándose a los arbustos era posible mantenerse en pie en aquel

suelo resbaladizo, enfangado y peligroso que iba a morir en el fondo del barranco.

Miró en derredor. La cortina de agua le impedía ver más allá de aquel árbol providencial y de los espesos matorrales inmediatos. La noche era oscura como boca de lobo, y parecían haberse abierto las compuertas del cielo para arrojar cataratas de agua sobre la tierra toda.

—Aquello... aquello parece... una luz —musitó para sí Vanessa Graves.

Se quitó a manotazos el agua del rostro, en especial los chorros que, resbalando desde su cabello, lastimosamente mojado, iban a incidir en sus ojos, dificultándole aún más la visión.

Sí. Era una luz.

Lo único visible en toda la región que la circundaba, un auténtico muro de tinieblas sin principio ni fin. Una luz, y no precisamente cercana, titilando de vez en vez en la distancia, por entre el aguacero y los arbustos.

Calculó que, cuando menos, habría unas trescientas o cuatrocientas yardas de distancia hasta ella. De haber sido más, ni siquiera sería visible. Y tampoco creía que fuese menos.

La luz estaba inmóvil, por tanto, no era ningún vehículo, a menos que estuviese parado por el temporal. Ni un solo coche se veía en la carretera, cosa que sorprendió a Vanessa, ya que era lógico suponer que alguien circularía por aquel punto a pesar del temporal, puesto que éste le habría sorprendido en plena marcha.

Pero el silencio era absoluto, y recordó que en los últimos minutos de recorrido, no se habían cruzado con faros de coche alguno, como si la carretera fuese enteramente para ellos, a pesar de ser domingo y estar en el camino de las costas hacia la capital, habitualmente bastante frecuentado.

Una súbita sospecha la asaltó. Recordó la repentina maniobra de Woody, el patinazo del coche, el accidente. ¿Por qué había actuado así su chófer? ¿Qué indujo a Woody a provocar el accidente?

Se movió, cautelosa, logrando alcanzar la cuneta, más allá del coche volcado, sin soltarse de matorrales y ramas que le servían de soporte para no caer ladera abajo.

Miró hacia la carretera y, pese a la lluvia y la oscuridad, descubrió la causa de todo.

Zanjas y piedras. Vallas y señales.

La carretera estaba cortada allí. Pero tuvo que haber algún indicador de desvío, que Woody, en medio del aguacero, no advirtió. Éste era un desvío, y estaba en obras.

Eso explicaba la ausencia de automovilistas. Sin duda, estaba señalizado en ambos extremos adecuadamente, si es que el temporal no se había llevado por delante uno de esos indicadores. Woody no advirtió la circunstancia, y se confundió de carretera.

Habían estado viajando en dirección opuesta a Londres, o poco menos. Calculó que ésta debía de ter una de las rutas hacia Brighton. Por ello aquel lugar era más abrupto y accidentado de lo que se podía prever, y por ello escaseaban las granjas y establos, al revés de lo que sucedía en el camino hacia Londres.

—Vaya... —musitó, contemplando las gruesas piedras situadas en medio del asfalto, recuerdo sin duda de algún desprendimiento reciente que obligó a iniciar las obras en aquel tramo—. De modo que ni siquiera sabemos dónde podemos estar...

—¡Señorita Graves! —Sonó la voz de Susan, allá dentro del coche—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí —se apresuró a afirmar Vanessa, apartando de sí las preocupaciones que forzosamente le producían esta situación, para ocuparse de otros problemas más inmediatos y apremiantes que pensar en el retorno a la residencia—. Veamos, hay que salir de ahí dentro.

—¿Todas?

—Todas, sí.

—¿No habrá peligro de caer?

—No, no lo hay si actuáis todas con serenidad, saliendo una por una y sin hacer movimientos bruscos ni desnivelar la posición del coche. Id saliendo una a una, y siempre alternando las de un extremo y otro del autobús, para no inclinar éste en ningún sentido. Yo os iré ayudando a todas.

—¿Y Dona? —quiso saber alguien—. Sigue desmayada...

—Subidla entre dos. Con todo cuidado. Yo os ayudaré desde fuera.

—Aun así, quedará Woody. El pesa demasiado para dos de nosotras...

—Es cierto —asintió Vanessa, mordiéndose el labio—. Esperad.

Iré a ver atrás. Woody siempre lleva cosas en el portamaletas. Tal vez haya cuerdas...

Las había. Eso resolvía la situación. Cuando casi todas hubieron salido al exterior, hacinándose sobrecogidas junto al árbol, Vanessa tiró el extremo de la cuerda al interior, y ató el otro extremo a un árbol fuerte situado más allá del que evitaba la caída del coche. —Pasadle la cuerda a Woody por las axilas, y atadla a su pecho— instruyó—. Luego, ayudad a que vaya saliendo de su asiento sin golpearse, mientras nosotras tiramos desde aquí. Es posible que resulte...

Se pusieron a la tarea la mayor parte de ellas, mientras Ellen y Diana eran las que cuidaban de mover el cuerpo de Woody de modo que no se golpease seriamente contra el volante, los asientos o los vidrios astillados del vehículo. Las dos muchachas con fama de lesbianas, eran cuando menos fuertes y decididas. En pocos minutos, tras un agotador esfuerzo, Woody salía por el hueco de la portezuela, y yacía sobre el fango, a los pies de las muchachas y su maestra.

—Perfecto —aprobó ésta con un suspiro de agotamiento—. Lo logramos, muchachas.

—Sí, ¿y ahora, qué? —preguntó Susan amargamente, mirando en torno—. Esto no es nada alentador, señorita Graves.

—Cierto. No lo es. Pero estamos vivas, que es lo que cuenta. Y fuera de ese coche. Vamos a buscar un sitio donde guarecernos y ver de atender lo mejor posible a Woody y a las chicas heridas, en especial a Dona.

—¿Cómo ir a ninguna parte? Yo no conozco este lugar.

—Ni yo —dijeron otras voces.

—Ésta no es la ruta de Londres —apuntó Greta, alarmada.

—No, no lo es —negó Vanessa—. Algo confundió a Woody, y nos metió por un desvío que no era tal, y corresponde a una carretera en obras, momentáneamente inutilizada. Cuando se dio cuenta de ello, quiso maniobrar y era tarde. Pero ahí he visto una luz. —¿Dónde?

—No muy cerca, la verdad. Pero sería peor que no hubiera nada. Vais a quedaros aquí todas, excepto tú, Susan, que vendrás conmigo.

—¿Adonde, señorita?

—A esa casa. Sea lo que sea esa luz, ha de corresponder a un edificio habitado. Solicitaremos ayuda para los demás. Vosotras quedaos, y tú, Greta, ocupa mi sitio entretanto. Obedecedle todas, si surge una complicación, ¿de acuerdo?

Hubo un general asentimiento. Susan manifestó, algo temerosa:

—No conocemos el terreno, señorita Graves. ¿Y si caemos en algún barranco o zanja?

—Es un riesgo que hemos de correr. No llevamos linterna, y no conocemos el lugar. Esa luz nos servirá de guía, es todo.

—Yo tengo un encendedor —señaló de pronto Cherry, dando un paso hacia ellas—. No podrá permanecer encendido con esta lluvia, pero de vez en cuando, protegiéndolo con la mano, tal vez les ayude a ambas...

—Gracias, Cherry —lo tomó Vanessa—. Cuando menos, algo nos ayudará. No os mováis de este lugar bajo pretexto alguno. De otro modo, podríais extraviaros y no os encontraríamos en toda la noche. Traeremos ayuda, estoy segura.

—Suerte —deseó una.

—Suerte —repitieron varias voces, fervorosamente, mientras Vanessa y Susan emprendían resueltamente la marcha, cruzando la carretera en obras y dirigiéndose en línea recta al punto de luz distante, que titilaba entre sombras lejanas, tal vez árboles o arbustos en torno a la vivienda iluminada.

La marcha era penosa y difícil.

Llevaban recorrida ya considerable distancia entre ambos puntos. La luz era más visible ahora, y se confirmaba que altos árboles y ramajes rodeaban su emplazamiento, velando a veces por completo esa luz, o haciéndola oscilar en la oscuridad.

Por desgracia, el encendedor de Cherry no servía de gran cosa. Sólo en contadas ocasiones, protegiéndolo con ambas manos, pudieron echar una ojeada en derredor y ver dónde ponían el pie.

Susan se cayó dos veces, y estaba empapada en barro y agua. Vanessa había tropezado, golpeándose en una rodilla, que sangraba, y también sentía dolor en un tobillo, a causa de la torcedura sufrida al meter el pie en una zanja angosta.

Pero a pesar de todas esas dificultades, ya estaban llegando.

—Mira —suspiró Vanessa, señalando hacia la luz, ahora más visible y nítida—. Es una ventana iluminada, estoy segura. Hay una

línea de árboles y maleza alta delante del edificio. Estamos llegando.

—¿Y si no nos ayudaran? —Temió Susan.

—Tienen que hacerlo —murmuró ella—. Sería inhumano negarse...

—Actualmente, existe poca generosidad en las gentes...

—Lo sé, Susan. Pero éste es un caso en el que nadie puede tener tan mal corazón como para negar su ayuda. Estoy segura de que nos asistirán en todo, ya verás.

Siguieron adelante. Susan estuvo a punto de caer otra vez, pero Vanessa la sujetó a tiempo. Luego, alcanzaron la hilera de árboles. Bajo la protección de sus copas, de las que caían torrentes de agua también, la profesora protegió el encendedor con su mano, y logró mantener la llama encendida durante dos o tres segundos.

Vio el edificio. Una cerca lo rodeaba, y el césped bien cuidado formaba un cuadrado perfecto en torno a la construcción.

—Es un edificio muy viejo, señorita Graves —señaló de pronto Susan—. No me gusta. —Para mí, es el más hermoso que vi jamás— suspiró ella. —No podemos ser exigentes. Vale más éste que ninguno. Además, es una construcción clásica. Un edificio Victoriano, Susan.

—Por eso lo digo. Esos torreones, esa hiedra en los muros... Parece de otra época. Un edificio extraño y sombrío, como los que aparecen en los relatos de terror...

—Tonterías —suspiró Vanessa—. Pertenecerá a alguna familia acomodada de esta región. Acostumbra a gustarles lo tradicional, a conservar las cosas de sus antepasados, tal como siempre fueron. Es algo muy inglés, después de todo...

—Quizás. Pero aun así, sigue sin gustarme —insistió Susan, mirando hacia la sombra sólida que formaba el edificio cercano, golpeado sordamente por el diluvio incesante.

—Mire, ésa es la ventana que daba la luz...

Asintió la profesora. La ventana emitía luz clara, abundante, pero no se podía ver nada en el interior, porque una cortina translúcida cubría las vidrieras. De repente, al aproximarse a la cerca, Susan apoyó una mano en el brazo de su profesora.

—Escuche eso... —murmuró—. Es música...

—Cierto —asintió Vanessa, tras escuchar unos momentos—.

Música.

—Brahms —recitó Susan—. Tocata y Fuga. Al órgano, señorita Graves.

—Sí, eso creo. Tal vez un disco, la televisión...

—No, no creo —negó Susan, aprensiva—. No es un disco ni es la televisión. Creo que es música en vivo. Viene del interior. Alguien toca el órgano ahí dentro.

—Bien, ¿y qué tiene eso de extraño? —sonrió Vanessa, avanzando rápida hacia la casa, en compañía de su alumna—. Después de todo, Brahms suena muy bien al órgano...

—El órgano... no es un instrumento habitual hoy en día. No para tocar en casa...

—Susan, estás fantaseando otra vez. Se venden infinidad de órganos electrónicos. Son una moda, ¿no lo sabías?

—Ese órgano no es electrónico —musitó Susan—. Sueno como los de las iglesias... como los órganos antiguos, tradicionales... Algo que sólo existía, según pensé, en los viejos relatos góticos...

—¿Otra vez con el terror y sus fantasías? Susan, estás dejándote llevar demasiado por tu imaginación. Trata de apartar todo eso de tu mente, y compórtate como debes. Sería imperdonable que, además de solicitar ayuda, cometiéramos la incorrección de revelar temor o aprensión. ¿Está eso bien claro, Susan?

—Sí... sí, señorita —musitó la joven, aunque se notaba que lo decía así a su pesar.

Y en ese momento, Vanessa alcanzó la cerca del edificio, probó a abrir la puerta, y no le costó trabajo alguno, puesto que sólo tenía echada una aldabilla simple. Cruzó la entrada, seguida por Susan, y avanzaron ambas a través de un sendero que serpenteaba entre las zonas de césped bien cuidado.

Una vez ante la puerta del edificio, sólida y resistente como la de cualquier casa victoriana, Vanessa se detuvo, respiró hondo, y buscó un timbre o llamador. No lo encontró. No había llamador eléctrico en parte alguna. De modo que utilizó el único medio que podía ver sobre la recia madera claveteada: la pesada aldaba de bronce.

Golpeó dos veces. Dentro de la casa, retumbó sonoramente el llamador. La música cesó en el acto. Susan no pudo evitar un estremecimiento.

La espera se hizo interminable. Nadie acudía a abrir. Pero Vanessa creyó percibir unos murmullos lejanos. Luego, lentamente, pisadas que se aproximaban a la puerta. Por fin, una voz sorda preguntó, tras la madera:

—¿Quién llama?

—Somos nosotras, dos mujeres... —dijo Vanessa en voz alta—. Hemos sufrido un grave accidente de automóvil. Por favor, abran... Necesitamos ayuda...

Otro silencio. La pausa se prolongó demasiado, pero al fin se oyó el chirrido de un cerrojo al deslizarse, y el giro de una llave en una cerradura. Antes de eso, Vanessa creyó estar segura de que alguien escudriñaba desde el interior, a través de alguna pequeña mirilla prácticamente invisible para ellas dos.

Por fin, la luz radiante se derramó al exterior, sobre la lluvia, el césped y las figuras de las dos mujeres.

Un hombre aparecía enmarcado en el umbral. Era fornido, alto, y vestía el inconfundible atavío de mayordomo. Podía estar extraído de un relato cualquiera de finales del siglo XIV, muy a tono con el estilo de la casa.

—Buenas noches —saludó, escudriñando a ambas con ojos penetrantes y desconfiados. Luego miró atrás, a espaldas de las dos mujeres, como si buscara a alguien más—. ¿Vienen ustedes solas?

—Sí, venimos solas —asintió Vanessa—. Pero hay más personas. Algunas de ellas heridas seriamente... Ha sido un accidente que pudo ser trágico...

—Entren —invitó el mayordomo, haciéndose a un lado.

Obedecieron, y el hombre cerró la puerta, asegurándola con el cerrojo. Vanessa y Susan se vieron frente a una mujer alta, rubia, autoritaria, vestida con oscura blusa y larga falda negra muy amplia. Eran ropas de hoy, pero podían haber sido una copia estilizada de prendas victorianas, pensó Susan, la mirada fija en ella.

La mujer permanecía en pie, junto a los escalones de una amplia escalera ascendente, y las estaba contemplando con expresión inmutable.

—Vienen hechas una lástima —señaló gravemente—. Pasen al salón, por favor. Les facilitaré ropas secas y algo caliente para reponerse... —Espere, señora, por favor— suplicó Vanessa,

volviéndose. —Soy profesora de una residencia de señoritas cercana a Londres. Volvíamos de una excursión cuando ocurrió todo. Esta joven es una de mis alumnas. Pero hay nueve más, que esperan bajo la lluvia, junto al coche volcado... y con el chófer malherido e inconsciente. También algunas de mis alumnas están heridas...

—¿Nueve chicas... y un chófer? —se asombró la mujer, enarcando las cejas en su inexpresivo rostro—. Cielos, cuánta gente... ¿Están muy lejos de aquí?

—No mucho. Pero tuvimos que dejarlas allí, al cuidado de las personas heridas. Hemos venido nosotras dos en busca de auxilio urgente...

—Está bien —suspiró la dama—. No hay otro remedio que acogerles a todos aquí. De otro modo; podría sucederles algo. Pero, ustedes necesitan esas ropas y esa bebida caliente, señorita.

—Después. Ahora, atiendan a esta muchacha, por favor. Yo debo guiarles a dónde están los demás, en la carretera en obras...

—Cielos, ¿allí? ¿Cómo se metieron en ese lugar? Está prohibido el acceso...

—Sí, lo imagino. Nos hemos dado cuenta de ello demasiado tarde. Nuestro chófer debió equivocarse. La lluvia dificultó la visibilidad, y...

—En ese caso, vamos —cortó la dama con energía—. Nueve mujeres... y usted, diez. Va a ser un problema alojarles, pero se intentará. Irán con ustedes mi esposo y mi cuñado. ¡Ethan! ¡Jason! —llamó luego con voz clara y potente.

Tras unos momentos, mientras Susan seguía al mayordomo hacia la escalera, para cambiarse de ropa y Jim limpiarse, antes de tomar algo caliente, dos hombres aparecieron en la puerta del fondo, uno de ellos en mangas de camisa, y el otro con una chaqueta negra de pana, con seis botones cruzados, pantalón de igual color y género, y zapatos charolados y puntiagudos. El primero era más joven, de rostro afeitado, cabello muy claro y ondulado y rostro de expresión melancólica, que la palidez de su piel acentuaba. El hombre de negro tenía barbita canosa recortada, manos sensibles y muy blancas, de largos dedos, y ojos fríos y negros, en contraste con el cabello gris y cuidado de hombre maduro.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó el más joven de ellos.

—Un accidente próximo. Un coche volcó. Es de una residencia de señoritas. Hay varios heridos. Estas jóvenes pudieron alcanzar nuestra casa. Necesitan ayuda.

—¿Heridos? —preguntó el canoso de la barbita recortada, arrugando el ceño—. ¿Graves, señorita?

—No lo sé —confesó Vanessa—. El chófer sangraba y no volvía en sí. Otra chica también estaba inconsciente, y hay cortes y magulladuras en otras...

—Soy médico cirujano, señorita —explicó el otro—. Vamos en seguida allá. Ethan, prepara el coche. ¿Usted nos guiará?

—Sí, suponiendo que un coche pueda llegar hasta allí...

—Llegará. Es un Land Rover. Y tiene capacidad suficiente para traernos a esas personas de una sola vez. En marcha, sin perder tiempo.

—En seguida, Jason —asintió el llamado Ethan, corriendo a por una chaqueta verde, de franela, que colgaba de una percha, y dirigiéndose con rapidez hacia otra puerta situada bajo la escalera—. Traeré impermeables y linternas...

Susan estaba aún en medio de la escalera, mirando a su profesora, inquieta la expresión. Vanessa le sonrió, alentándola:

—Vamos, ve a cambiarte y secarte. Yo me ocupo de esto, Susan. Pronto estarán todos a salvo y bien atendidos, gracias a estas excelentes personas que hemos hallado...

—Sí, señorita Graves —aceptó la joven, aparentemente contrariada—. Lo que usted me diga... siguió al mayordomo, camino de la planta alta, al parecer no demasiado confiada ni convencida, a juicio de Vanessa Graves.

En ese preciso instante, el aldabón de la puerta golpeo de nuevo pesada y fuertemente, por tres veces seguidas.

Susan se paró en seco, ya arriba de la escalera, con gesto de sobresalto, y miró hacia la puerta de la casa. Vanessa no pudo reprimir un estremecimiento, más de sorpresa que de otra cosa, y miró a los presentes. Ethan se había parado en la puerta por la que iba a salir, y el llamado Jason, el médico cirujano, cambió una mirada con la que sin duda era su cuñada. Parecían todos perplejos y desorientados como ellas mismas.

—¿Quién será ahora? —jadeó Jason—. ¿Alguna de esas chicas, señorita?

—Quizá... —murmuró la profesora—. Pero me sorprende...

—Yo abriré —dijo Ethan con energía súbita, yendo a la puerta resueltamente, tiró del cerrojo, girando luego el pomo. Abrió de golpe.

—Buenas noches, queridos todos —saludó una voz risueña y jovial, desde el umbral de la casa victoriana perdida en los pastos y bosques del sur de Inglaterra—. ¿Qué es de vuestras aburridas y miserables vidas?

—¡Tú! —bramó Ethan, palideciendo más aún de lo que parecía ser su habitual color de epidermis—. Has vuelto...

—¿Qué os pasa? —preguntó el recién llegado con aire desenvuelto, entrando en la casa sin más rodeos, tras cerrar un paraguas chorreante—. Ni siquiera me invitáis a entrar. ¿Ésa es vuestra hospitalidad, queridos míos?

—Hasper, sabes que no eres bien recibido aquí... —Era la voz fría y grave de la dama la que sonaba, incisiva como un estilete—. ¿A qué has venido... precisamente ahora?

Al decir esto, sus ojos se dirigieron, involuntariamente al parecer, hacia Vanesa primero y Susan después.

—¿Qué sucede? —El hombre joven, moreno y jovial que acababa de llegar, se quedó mirando a Vanessa, al descubrirla por primera vez, con expresión abstraída y llena de grata sorpresa—. Vaya, al fin un bonito rostro de mujer bajo este techo sombrío... ¿Quién es ella?

—Alguien que no te importa, Hasper —le recordó con sequedad el médico—. No te mezcles en esto. No vuelvas a meterte en nuestras vidas como la otra vez, ¿entiendes? Nunca debiste volver, Hasper.

—Y hoy, menos que nunca —sentenció Ethan duramente, cerrando la puerta.

—¿Lo decís por ella? —El recién llegado sonrió, y su moreno rostro joven y enérgico reveló una blanca y doble hilera de fuertes dientes muy blancos, mientras sus ojos centelleaban, al descubrir por un gran espejo el reflejo de Susan, allá arriba, mirándole absorta. Giro la cabeza hacia ella, para añadir—. ¡Vaya, otra chica...! Una jovencita tan hermosa como esta dama... Pero ¿qué sucede aquí esta noche? ¿De dónde salió tanta belleza?

—Hasper, es mejor que no preguntes ni te mezcles en esto. Hay

varias muchachas más, accidentadas en la carretera. Vamos a ir a por ellas. Son en total nueve o diez. Pero te repito, no vuelvas a intervenir en nada nuestro —le avisó Ethan, glacial.

—Vaya, parece que seguís pensando lo mismo —rió suavemente el joven, mirando a todos los demás ocupantes de la casa—. ¿Aún creéis que yo maté a aquella chica? Aunque hubiera sido así, recordad que he salido del hospital psiquiátrico sin que nadie haya descubierto nada anormal en mí... La ley y los médicos han estado de acuerdo: no soy un asesino... aunque quizás hubo realmente uno en esta casa...

—¡Calla ya! —rugió Ethan, furioso.

Y en ese momento, Susan lanzó un gemido ronco y se desplomó al borde mismo de la escalera, perdido el conocimiento. Vanessa corrió escaleras arriba para atenderla.

CAPÍTULO III

Supongo que debe sentirse muy impresionada...

—Mucho, sí. Ha sido un terrible accidente. Pudimos morir todos en él.

—No me refería al accidente, señorita Graves —sonrió el joven que iba sentado a su lado y al de Jason, mientras Ethan conducía el Land Rover diestramente, a través de un terreno endiabladamente enfangado y accidentado, en dirección a la carretera cortada.

—¿A qué, entonces? —indagó ella.

—Usted lo sabe muy bien —la miró con ironía suave—. Su alumna se desmayó a causa de la impresión al oírlo. Usted fue más fuerte, pero vi su gesto. Realmente, creo que se sintió aterrorizada.

—Oh, es eso... —Vanessa pestañeó, eludiendo mirar al joven recién llegado—. La verdad, me asusté más por la caída de Susan que por sus palabras, señor...

—Cortland —dijo él con rapidez—. Hasper Cortland. Todos somos miembros de la familia Cortland. Y esa casa donde vive mi queridísima familia, se llama asimismo Cortland Manor. —Bien, señor Cortland, me alarmó el desvanecimiento de Susan, mi alumna. Es una muchacha muy sensible. En cuanto a ustedes... no sé. No me gusta meterme en problemas ajenos, y menos aún si son cuestiones familiares.

—Un asesinato, señoritas, no es una simple cuestión familiar —sonrió cínicamente Hasper.

—Creo que ya basta de hablar de eso, ¿no te parece? —le cortó con acritud Jason, acariciándose pensativo su canosa barbita.

—Creo que la señorita tiene derecho a salir de dudas —suspiró Hasper, dirigiendo una mirada irónica al médico miembro de la familia Cortland—. Yo mencioné el asesinato, y es justo poner en claro sus circunstancias.

—Le aseguro que no me interesa el asunto, señor Cortland —

suspiró Vanessa—. No es necesario que se extienda en explicaciones sobre el mismo.

—Pero yo prefiero hacerlo. Es cierto que hubo un crimen. Y es cierto que se me acusó a mí de ello —miró a sus parientes y puso un gesto irónico—. Por eso me basta mencionarlo. No tenía el menor motivo para matar a la víctima del crimen. Por eso supusieron que yo estaba mentalmente enfermo, y una neurosis, una especie de paranoia criminal me había conducido al crimen. Me internaron en una horrible clínica psiquiátrica de Londres, por consejo de mi queridísima familia aquí presente. Pero el equipo de psiquiatras ha considerado que estoy sano por completo, y me han dado de alta. Itera, si quieren seguir pensando que soy un asesino y acusarme formalmente de ello... tendrán que hacerlo con pruebas más concretas que el temor de una posible psicosis homicida. Y entonces deberá resolver un tribunal de lo criminal.

—Sabes que nadie va acusarte de nada —cortó fríamente el doctor Jason Cortland—. Eso es asunto olvidado y enterrado...

—Perdona, querido tío Jason, pero creo que quien ya está olvidada y enterrada es Sybil Lañe.

El nombre citado por el cínico y agresivo Hasper pareció impresionar en alguna forma a Jason, porque Vanessa advirtió que el rostro del médico se ponía tenso, sus ojos se entornaban, brillantes y duros.

—Sería mejor que no la nombraras, Hasper —cortó glacialmente—. No es oportuno, ni siquiera decente. Personalmente, sigo pensando que la mataste tú.

—Ya ves qué curioso, tío Jason —rió burlonamente Hasper—. Yo, en cambio, he pensado durante mucho tiempo que fuiste tú quien la mató.

Los ojos de Jason Cortland centellearon, furibundos.

—¡Debería arrojarte de este coche, maldito seas! —aulló, descompuesto.

—Hazlo —rió Hasper—. ¿Crees que llegué a pie a vuestra casa? Tengo mi propio coche en el garaje de vuestro tierno y cálido hogar. Si estoy aquí ahora, no es para compartir vuestra compañía ni vuestro dudoso afecto familiar, sino por ayudar a estas muchachas en sus apuros, y nada más.

—Podremos arreglárnoslas nosotros solos, no lo dudes —terció

Ethan, desde el volante, mirando huraño a través del retrovisor hacia su pariente recién llegado—. Pudiste quedarte en casa, haciendo compañía a mi mujer y a esa muchachita...

—Prefiero colaborar en el rescate de esas otras chicas. Deben de estar muy asustadas en estos momentos... —Miró de nuevo a Vanessa con expresión risueña—. ¿Pero no se asustarán más cuando tengan que pasar la noche en una mansión solitaria, aislada, con una noche endiablada cómo ésta... y en un sitio que fue escenario de un crimen tiempo atrás?

—Supongo que no. —Vanessa eludió mirar los ojos oscuros y profundos del inquietante y joven miembro de los Cortland—. Están cansadas, y deben de sentirse muy angustiadas por la espera Junto al coche volcado. Seguro que acogerán gustosas cualquier techo, sin hacer demasiadas preguntas. Yo advertiré a Susan que no hable para nada de lo que oyó sobre ese crimen. Y si ustedes tienen la atención de no mencionar tampoco tan desagradable asunto, tanto mejor para todas ellas.

—¿Y para usted? —sugirió Hasper, burlón.

—Quizá también para mí —admitió Vanessa, evasiva—. No me gustan los crímenes.

—¿A quién pueden gustarle? —comentó Hasper—. Supongo que sólo a los asesinos... —Callad— cortó secamente Ethan. —Ahí está el autobús... y creo que allí están las chicas. Parecen realmente asustadas... y muy mojadas las pobres.

Era cierto. Un racimo de blancos rostros amedrentados, asomó en las sombras que acababa de perforar la luz de los faros del Land Rover. Más allá, se descubría la carrocería volcada del microbús, entre los árboles y matorrales de la ladera del barranco sombrío.

El coche todo terreno se detuvo bajo el aguacero, en medio de la carretera interceptada. Vanessa contempló angustiada a sus alumnas, pero con cierto alivio al descubrir que nada sucedía y estaban todas ellas agrupadas, esperando la necesaria asistencia.

Fue la primera en saltar del coche, para acudir en demanda de novedades, y la rubia Greta fue quien también corrió a su encuentro, con un sollozo de alegría y emoción incontenibles.

—¡Señorita Graves, Dios la ayudó sin duda! Temíamos que pudiera ocurrirles algo... ¿Hay ayuda para nosotras?

—La hay, Greta —asintió presurosa la maestra—. Tenemos una

vivienda donde alojarnos, incluso. Y este caballero que me acompaña es médico... ¿Cómo están los heridos?

—Parece que mejor de lo que temíamos. Woody se está recuperando. Ha vuelto en sí, y le hemos lavado un poco la herida... Pero sigue sangrando, eso sí.

—¿Y las chicas?

—Annie y Olivia están bien. Dona es la que está peor. Pero no creo que sea grave, aunque está semiinconsciente y sangra por varios cortes...

—El doctor se ocupará en principio de ella y de Woody —dijo Vanessa, volviéndose al médico, que estaba junto a ella, con su maletín, y que se apresuró a asentir dirigiéndose al lugar donde se hallaban los heridos, bajo la protección de un árbol frondoso, y al resguardo del microbús volcado.

—Las demás muchachas que estén ilesas, vayan acomodándose en el coche —avisó Ethan—. Nos iremos lo antes posible, para que sean debidamente atendidas todas en un lugar caliente y seguro. El Land Rover tiene suficiente capacidad para todas, no lo duden. Eso sí, algo apretadas, pero el recorrido es breve. Luego tendrán cena caliente, una cama confortable, y un buen trato, hasta que puedan seguir viaje. Espero que eso sea en breve, pero en esta región, cuando llueve tanto, existe siempre el riesgo de riadas y desprendimientos, lo cual haría más peligroso un viaje. De todos modos, llamaremos por teléfono a quien sea, para que nos facilite un vehículo adecuado para su regreso a la residencia.

—Gracias, gracias —musitó la rubia Greta emocionada—. Todas estamos deseando que pase esta pesadilla...

Vanessa atrajo contra sí a la bella muchacha, y acarició sus mojados cabellos, indicándole con voz suave y persuasiva:

—Va a terminar, querida, no lo dudes. Prácticamente, está acabada ya... no siguió hablando, porque sus ojos se fijaron en ese momento en el rostro de cínica sonrisa de Hasper Cortland, que estaba apresurándose a ayudar a las muchachas heridas, mientras el doctor Jason Cortland le interpelaba en voz baja:

—Deja esto a mi cuidado. No quiero que te mezcles con las chicas. Personalmente, a pesar de lo que digan mis colegas psiquiatras, sigo pensando que no eres de fiar. No quiero correr riesgos. No deseo otro asesinato cualquier día... con otra bonita

mujer como víctima...

Hasper se quedó mirándole fijamente. Pareció que iba a decir algo pero, finalmente, se encogió de hombros y se apartó, sacudiendo la cabeza con su habitual expresión sardónica.

—Está bien, ayudaré al conductor —dijo secamente—. Eso quizá te tranquilice.

Le dio la espalda, alejándose bajo la intensa lluvia. Vanessa se preguntó, siguiendo con pensativa mirada al joven Cortland, si realmente no estaría a punto de empezar otra pesadilla peor, entre los muros Victorianos de Cortland Manor, en aquel paraje solitario y aislado, bajo un temporal digno de cualquier película de horror.

Se aproximó, tratando de no pensar en todo ello, a Ethan Cortland, que iba trasladando a las muchachas al Land Rover, cubriéndolas de la torrencial cortina de agua con una lona amarilla, impermeabilizada.

En ese momento, cuando ayudaba a Ethan Cortland en su tarea de cubrir a las chicas, observó sus muñecas, descubiertas por lo forzado de la postura, y se quedó con un gesto de auténtica sorpresa.

Ethan lo observó. Sonrió, mirándola con ojos inexpresivos, y bajó rápidamente sus mangas, ocultando las muñecas.

—Lo siento —dijo—. No es agradable de ver... Eran cicatrices.

Cicatrices que rodeaban totalmente las muñecas en ambos brazos, trazando dos perfectos círculos sobre la piel. Dos círculos más bien repulsivos, de un lívido color violáceo, en los que las señales de los puntos eran visibles, como costurones.

—¿Algún accidente? —se interesó Vanessa, tratando de no recordar la desagradable visión de las dos grandes cicatrices.

—Sí, algo así. —Ethan parecía eludir el tema—. Tuvieron que operarme. Fue obra de mi hermano Jason. Es un gran cirujano... Puede decirse que salvó mis mames en ese trance. —Sus manos... ¿Es usted el que toca el órgano?

—¿Me oyó? —asintió, sonriendo—. Sí. ¿Le gusta la música?

—Me entusiasma Brahms. Lo interpretaba usted muy bien.

Vanessa calló, siguiéndole. Pero no podía olvidar aquellas raras y hondas cicatrices que, en cierto modo, te recordaban un poco tétricamente las que lucía el monstruo de Frankenstein en la inefable película de Boris Karloff, muchos años atrás.

Y de nuevo se preguntó por qué todo aquello la inquietaba de tal modo. Por qué no se sentía tranquila con la simple idea de verse ella misma y ver a todas las chicas de la residencia a seguro en la mansión de los Cortland.

Una pesadilla... Era lo que había mencionado Greta. ¿Se terminaba allí, realmente?

Lo cierto es que hubiera dado algo por hallarse de nuevo en el orfanato, lejos de aquel lugar adonde un azar extraño les había conducido, cuando Woody cometió su error al tomar la ruta de Londres.

—Bueno, ya estamos todos a cubierto —suspiró con alivio Ethan Cortland, cerrando la pesada puerta de la casa y asegurándola con el pestillo—. Y esa condenada tormenta sigue en aumento... Nos espera una noche de perros.

—Pero bajo techado, y con un buen fuego —murmuró Jason, frotándose las ateridas manos, mientras todas las muchachas se dispersaban por el amplio salón donde ardía un hogar confortablemente—. Señoritas, nuestro mayordomo Desmond les facilitará ropas secas, aunque como improvisadas, no serán precisamente demasiado elegantes ni adecuadas a su juventud. Luego, nos reuniremos todos en el comedor, para una cena caliente, que falta les está haciendo. Mientras tanto, iremos preparando sus alojamientos para esta noche. Sería una locura abandonar esta casa antes del amanecer. Además, no creo que nadie venga aquí a recogerlas con un vehículo adecuado, tal como estarán los caminos de acceso con semejante temporal.

Se alejaron las muchachas hablando entre sí animadamente, sin que ya al parecer se sintieran demasiado afectadas por la humedad de sus ropas y por sus cabellos casi chorreantes. Desmond, el mayordomo, abrió paso delante, guiándolas escaleras arriba. Solamente Greta se detuvo un momento junto a Vanessa, para preguntar, con gesto preocupado:

—Señorita Graves, ¿dónde está Susan? Quisiera verla...

—Arriba —sonrió la profesora del orfanato—. Desmond te guiará a verla. Está reponiéndose de una sorpresa desagradable. Estaba demasiado impresionada por todo lo sucedido esta noche, y oyó decir algo que terminó por producirle una crisis emocional. — ¿Qué fue ello?— se extrañó la rubia muchacha.

—Nada, no vale la pena repetirlo —suspiró Vanessa—. En realidad, creo que fue una tontería, pero a ella le causó impacto, eso es todo. Ahora ve, Greta. Tenéis que tomar algo que os reconforte, lo antes posible.

Greta asintió, no muy convencida en apariencia, y subió en pos de Desmond el mayordomo y del resto de las alumnas. Vanessa se limitó a seguirla con la mirada, antes de acercarse al fuego de la chimenea, donde puso sus manos extendidas, para combatir el húmedo frío que sentía en ellas.

Ethan estaba hablando en un extremo de la sala con su esposa, la señora Cortland, y el doctor Jason Cortland se ocupaba de atender en un par de sofás a los pacientes más necesitados de su asistencia, como eran Woody y Dona.

No tardó, en incorporarse, diciendo con tono de alivio:

—Ya está.

Vanessa se volvió hacia él. Le miró, interrogativa. Luego, contempló a Woody, con su cabeza vendada, y a Dona, su alumna, con un vendaje en una muñeca y unos apósitos ligeros en su sien y mejilla.

—¿Todo bien, doctor? —se interesó la joven profesora, avanzando hacia ellos—. Perfectamente —asintió el médico—. No era gran cosa. Su chófer tenía un corte profundo en el cuero cabelludo, que debió causarle una conmoción momentánea. No reviste gravedad alguna.

—¿Y la muchacha?

—Menos aún. Unos cortes superficiales, y algo de *shock*, a causa del momento del accidente. Ya está virtualmente bien. Las demás lesiones de sus pupilas no tienen la menor importancia. Todas las chicas podrán seguir viaje sin problemas... cuando ese viaje sea posible. ¿Dista mucho de aquí su residencia?

—Bastante —asintió ella—. Nos desviamos al equivocarse Woody de carretera.

—Ocurre a veces, cuando un desvío está mal señalizado o algo lo ha derribado previamente. La aconsejo que olvide por el momento la idea de descansar en su propio hogar por esta noche. Como podrá advertir por sí misma, esto va a peor. Ya no sólo llueve torrencialmente. Tenemos encima la tormenta.

Vanessa movió la cabeza en sentido afirmativo. Acababa de

descubrir el destello cárdeno del relámpago, por las rendijas de las cerradas contraventanas de la mansión victoriana donde se refugiaban ahora de la furia de los elementos. Momentos más tarde, un tamborileo sordo, pero todavía algo lejano, rebotó en la campiña, hasta morir entre vibraciones de vidrios sobre los muros de la mansión de los Cortland.

—Lo que faltaba —murmuró ella roncamente—. No me gustó nunca la tormenta eléctrica. —Ni a mí— sonó la voz del joven Hasper, a sus espaldas. Luego sonó una apagada risita, y añadió un comentario nada tranquilizador. —¿Recuerdas, Jason? La noche que mataron a la enfermera Sybil Lañe, también había una tormenta semejante... Acababa de caer un rayo en aquellos árboles, cuando la encontré muerta, en un baño de sangre...

Su voz había sonado lo bastante alta como para que Woody, el chófer, y Dona, la muchacha herida, oyeran cada una de sus palabras. Se irguieron, mirando con una mezcla de asombro y horror al que hablaba, y luego a la propia Vanessa.

—¡Hasper, será mejor que no vuelvas a hablar de eso! —Fue la dura réplica de su tío Jason—. Ya te dijimos antes que no es un tema agradable de recordar... y menos aún estando tú presente.

Hasper se limitó a reír sordamente entre dientes, con un gesto cínico. Vanessa, agitada, se apresuró a volverse hacia éste, y su pregunta tenía mucho de reproche:

—Señor Cortland, ¿es que ella... era enfermera?

—Sí —afirmó él—. Enfermera. La enfermera que ayudaba en cirugía a mi tío Jason, ¿es que él no se lo ha dicho todavía?

—Me he guardado muy mucho de mencionar a Sybil —cortó el cirujano ásperamente—. Después de todo, ella era mi enfermera..., pero también era tu amante. Y de eso no has mencionado palabra alguna, sobrinito.

Hasper sacudió la cabeza, ceñudo. Miró a su tío con gesto huraño.

—Que era mi amante, lo dijisteis vosotros —le recordó—. Yo nunca admití tal cosa. Ni ella tampoco.

—No hacía falta. Todos lo sabíamos —era la voz ronca de Ethan la que sonaba allá, al fondo de la sala.

—Querido tío Ethan, tu intervención no hacía maldita la falta —cortó secamente su sobrino—. Después de todo, creo que eras tú

quién procuraba sorprender por los rincones oscuros a la pobre chica, para meterle mano o pellizcarle el trasero, ¿recuerdas? Eso, sin contar con la noche en que ella te abofeteó por hundir tu mano en sus pechos, allá arriba, en la planta alta... Precisamente la noche antes del crimen.

—¡Maldito puerco! —rugió Ethan, congestionado, precipitándose sobre su sobrino—. ¡Debería cerrarte la boca a golpes, sudó bastardo!

—¡Ethan, déjale tranquilo! —le rogó su mujer, sujetándole con fuerza—. ¡Hasper sería capaz de golpear incluso a uno de su familia, sin importarle que seas su tío y protector! —Seguro que lo haré, tía Sheila— rió el joven. —Tu marido se merece eso, y mucho más. Ninguno de vosotros me ha protegido jamás. Lo que queríais es que yo terminase loco perdido o colgado de la horca, para repartiros mi legado, que tanta falta debe haceros, puesto que vuestra situación económica dista mucho de ser la que desearíais. Pero ya lo veis, estoy de vuelta, declarado sano por los médicos. Y desde luego, nunca me dejaría golpear por esas manos postizas que tío Jason puso en tus malditos muñones, tío Ethan.

Y airadamente, abandonó la estancia, ante la expresión de estupor y miedo que se advertía en el rostro de Vanessa, Woody y Dona. Esta última, contemplando con estupor a los miembros de la familia Cortland que aún quedaban en la sala, pareció buscar angustiadamente la proximidad de Vanessa Graves para sentirse más protegida, y musitó a flor de labio:

—Dios mío, qué extraña familia... No me gusta este lugar, señorita Graves.

—A mí tampoco —confesó ella roncamente, poniendo una mano afectuosa en los cabellos de la joven herida—. Pero es mejor que seguir ahí fuera, no lo dudes...

Como confirmando sus palabras, allá fuera restalló una luz cegadora, acompañada casi inmediatamente por el bramido del trueno, que hizo temblar los muros sólidos del aislado edificio. La tormenta eléctrica estaba ya sobre ellos, y era bastante intensa. El agua batía torrencialmente los tejados y paredes de la vivienda.

—¿He oído bien, señorita Graves? —preguntó Woody sordamente, sacudiendo su vendada cabeza—. Hablaron de un crimen, de una enfermera sobre un charco de sangre... ¿Eso sucedió

precisamente aquí?

—Sí, Woody, precisamente aquí —corroboró tristemente Vanessa, mientras Sheila Cortland se llevaba a su marido lejos de ella, para hablarle agitadamente en voz baja, entre gesticulaciones nerviosas. El doctor Jason Cortland no había pronunciado palabra. Pero estaba muy pálido, y contemplaba, ceñudo, las llamas del hogar, como si en ellas estuviera la respuesta a algo que le confundía.

Ella, sin embargo, no podía pensar ahora en todo eso, sino en las muñecas de Ethan Cortland, que podía ver con claridad aun a aquella distancia, con sus grandes costurones circulares, recuerdo de una extraña intervención quirúrgica.

Y en su mente bailoteaban mientras tanto las extrañas, enigmáticas palabras pronunciadas, momentos antes por Hasper:

«... desde luego, nunca me dejaría golpear por esas manos postizas que tío Jason puso en tus malditos muñones...»

Alucinada, se preguntó qué horrible y oscuro significado podían tener tales palabras, qué espantoso misterio médico escondía aquella siniestra sugerencia del joven e inquietante Hasper Cortland...

CAPÍTULO IV

Fue una cena depresiva.

Para Vanessa, al menos, lo resultó desde el principio a fin. Y viendo a las demás muchachas reunidas en torno a larga mesa dispuesta por los Cortland en un amplísimo y suntuoso comedor, digno de cualquier obra de A.E.W. Masón o de Rudyard Kipling^[1] cuando se salía de su habitual mundo hindú este último, estuvo segura de que todas o casi todas compartían sus aprensiones.

Ellen, aunque era la que sufriera menos gravedad en sus heridas, era solícitamente cuidada por su inseparable amigueta Diana, cuyas caricias y afectos no podían por menos de ser advertidos, en especial por persona tan aguda y observadora como era Hasper Cortland.

En un par de ocasiones, Vanessa descubrió la mirada de Hasper fija en ella, con cierto aire burlón, tras examinar de soslayo a las dos chicas. La profesora no pudo por menos de enrojecer, advirtiendo en la expresión de aquellos irónicos ojos oscuros lo que pasaba por la mente del joven miembro de aquella extraña familia.

—Señoritas Diana y Ellen —avisó con voz grave, en un determinado momento de la cena, irguiéndose severamente Vanessa al hablar—. Les agradecería mantuvieran la compostura durante la cena, y prestaran más atención a los demás. Usted, Ellen, no tiene prácticamente nada. De modo que su amiga y compañera no tendrá motivo para preocuparse tanto por usted, ¿entendido?

Las dos amigas parecieron acusar el oculto reproche. Se miraron entre sí, confusas y algo ofendidas. Su modo de mirar a la joven profesora, reveló cierta animosidad mal disimulada contra quien así las prevenía ante todos.

—Claro, señorita Graves —dijo Ellen, con falsa sumisión—. Disculpe.

—Sí, señorita —corroboró a su vez Diana, mordiéndose el

carnoso labio inferior con un brillo de cólera en sus ojos—. Perdone, pero me preocupa la salud de Ellen...

—A todos nos preocupa la salud de nuestros compañeros —asintió Vanessa, con una cierta frialdad en el tono—. Por cierto, Woody, ¿cómo va esa cabeza?

—No mal del todo, señorita Graves —suspiró el chófer—. Me duele a veces, pero no creo que sea molesto para descansar luego.

—No lo será —aseguró el doctor Cortland, terciando en la conversación—. Le daré un analgésico cuando vaya a la cama. Dormirá sin problemas, esté seguro. De todos modos, le aconsejo que cuando esté de regreso, vaya al médico de su localidad y le examine de nuevo. Siempre es preferible asegurarse en las heridas como la suya, si bien estoy convencido de que no habrá complicación alguna.

—Lo recordaré, doctor —aseguró Woody, tímidamente, separando su plato vacío, que Desmond retiró, substituyéndolo por el de postre, con un trozo de tarta de manzana en él. Tomó un sorbo de vino y añadió, pensativo—: Me siento culpable de todo lo sucedido, señores.

—No diga tonterías —le reprochó Ethan, que presidía la mesa, junto a su esposa Sheila—. Cualquiera puede cometer un error, y más bajo un aguacero así. Lo bueno de todo esto es que no ocurrió nada irreparable.

—Según como se mire —rió Vanessa, de buen humor—. ¿Se imagina qué cara pondrá el señor Langton cuando vea el microbús de la residencia en el estado actual?

Las chicas rieron todas de buena gana, mientras el propio Woody sonreía divertido con la idea. Vanessa se volvió a los Cortland, para aclarar:

—El señor Andrew S. Langton es el director y propietario de nuestra residencia para muchachas jóvenes, en Chatham, a pocas millas de Londres.

—Entiendo —asintió el doctor Cortland, pensativo—. De todos modos, lo importante es que las vidas humanas se salvaran. Un microbús siempre se substituye por otro, aunque esté destrozado e inútil. Pero las personas no tienen recambio.

—No siempre, tío Jason —rió Hasper—. No siempre... Hay piezas de recambio, cuando menos.

Un silencio hosco se hizo en la mesa. Vanessa se estremeció. Los Cortland miraron con mal contenida ira a su joven miembro. Sheila fue la que habló, incisiva:

—Estamos cenando, Hasper. No tengas comentarios de mal gusto ahora.

—No dije nada —habló Hasper jovial—. Tío Jason sabe lo que quería decir. Y también lo debe saber Milton Bradwell, allí donde ahora esté...

—¡Hasper! —Repentinamente lívido, Ethan estrujó sus dedos, de tal modo que la copa de vidrio tallado que contenía su rojo vino, se astilló, crujiendo entre ellos, y derramándose por el mantel, junto con el contenido que, como sangre, enrojeció la tela blanca e impoluta—. ¿Callarás de una maldita vez?

Era raro, pero ni siquiera se había cortado, salvo un leve arañazo con una de las aristas de vidrio en sus manos largas y sensitivas. Se la envolvió en una servilleta, para cubrir las leves gotas de sangre que asomaban por el mismo, y se puso en pie airadamente, gruñendo algo entre dientes y saliendo del comedor sin más explicaciones. Siguió un silencio tan profundo como violento, durante el cual se percibió con mayor claridad el batir implacable de la lluvia y el tamborileo casi constante de los truenos sobre la región. Hasper parecía indiferente al efecto de sus palabras. Woody arrugó el ceño y soltó en ese momento otra frase desafortunada:

—Milton Bradwell... He oído ese nombre antes de ahora. Juraría que... Oh, sí, ya recuerdo. Milton Bradwell fue un asesino... Un feroz criminal que había terminado con la vida de cinco mujeres en Londres. Escapó de la prisión, creo. Y le hallaron muerto en alguna parte, no sé dónde... Creo recordar que hubo algo raro en su muerte, pero no logro concretar qué fue... Tal vez me acuerde en otro momento... ¿Se refería usted a ese mismo hombre, señor Cortland?

—Es posible —sonrió enigmáticamente Hasper, encogiéndose de hombros—. Pero olvidemos el asunto. Ya vieron que a mi tío Ethan no le gustó lo más mínimo...

—Ni a él ni a nadie, Hasper —le replicó fríamente su tía Sheila—. Has venido muy mordaz e impertinente esta vez. ¿Tratas de tomarte la revancha de algo, tal vez?

—¿Tú qué crees, querida tía? —Fue la evasiva respuesta del joven, quien sin terminar su tarta, se puso en pie, disculpándose ante los demás—: Perdonen, pero tengo deseos de fumar. Pasaré a la sala inmediata. Es la biblioteca. Si alguien quiere tomar una copa y fumar un cigarro, puede seguirme. Va por usted también, amigo Woody.

Y se alejó, con paso tranquilo, mientras sus tíos Jason y Sheila le seguían con mirada nada amistosa ni cordial. Vanessa se sentía cada vez más incómoda.

Un repentino trueno, más sonoro y cercano, coincidió con el fulgor de su chispa eléctrica, y las luces de la sala oscilaron, pareciendo por un momento que iban a extinguirse. Las muchachas gimieron o se miraron asustadas, pero la luz terminó por permanecer intacta, y Jordán les tranquilizó a todos:

—No ocurre nada. Aunque se fuese la luz, hay en la casa velas, quinqués y linternas suficientes para que no tengamos problemas. En esta región ocurre a veces que las tormentas provocan averías en el suministro eléctrico, y hay que estar preparado, de modo que estén todas tranquilas, señoritas.

Pese a sus palabras, la inquietud persistía entre las adolescentes del orfanato, y Vanessa misma prefería que siguiera brillando la luz eléctrica, a verse en la necesidad de recurrir a otra clase de iluminación más lúgubre en semejante ambiente.

En algún lugar de la casa, comenzó a sonar un órgano. Las notas del Mesías de Haendel invadieron; solemnes y hermosas, el recinto campestre. Las muchachas todas parecieron más incómodas que tranquilizadas cuando esa sonora musicalidad llegó hasta ellas, Vanessa trató de sonreír animosamente.

—¿Ven, queridas amigas? —habló risueñamente—. Incluso tenemos música para aliviar nuestro nerviosismo...

—Eso no es un disco —comento vivamente Greta—. ¿Quién toca?

—Mi hermano —dijo Jason apaciblemente—. Es un gran intérprete de música de órgano. Le gusta tocar algo antes de ir a descansar. Y más cuando hay tormenta. Después de todo, es un ruido bastante más grato que el de los truenos y la lluvia, ¿no les parece?

Logró arrancar algunas sonrisas a las amedrentadas muchachas

del orfanato. Woody volvió a hablar inoportunamente:

—No me gusta la música de órgano. Me recuerda al Fantasma de la Opera...

No pudo ser menos adecuado su comentario. Nadie se rió del posible chiste, sino que las chicas revelaron en su rostro cierta coincidencia de criterio con su chófer, pese a que éste nunca les había caído totalmente simpático. Vanessa, rápida, trató de arreglar las cosas. —Bien, queridas— dijo, poniéndose en pie—. Creo que ya es muy tarde, y tendremos que madrugar para intentar salir de aquí, pidiendo ayuda a algún lugar desde nos puedan enviar un vehículo adecuado. ¿Qué tal si nos retiramos a descansar?

—Es una buena idea, señorita Graves —asintió la morena y pizpireta Cherry con aire complacido—. Me siento totalmente agotada, entre la playa, el accidente, el temporal y... todo lo demás.

Nadie se molestó en tratar de aclarar qué podía significar «todo lo demás». Tal vez en el fondo, es porque todas pensaban de modo parecido y no querían aumentar sus aprensiones con ninguna certeza. Vanessa estaba cada vez más convencida: ninguna de ellas se sentía segura ni a gusto en aquella casa, por confortable y acogedora que pudiese resultar en estos momentos...

Iniciaron la retirada de la larga mesa, mientras el doctor Cortland y su cuñada se ponían asimismo en pie.

En ese preciso momento, hubo un estallido lucra, violento y cegador, que luego trajo consigo un estampido atronador. Las muchachas chillaron, abrazándose sobrecogidas por el pánico.

Y esta vez, sí.

Esta vez, las luces se apagaron todas, dejando la casa sumida en una oscuridad profunda y total.

Las luces de petróleo y de velas, disiparon sólo en, parte la profunda oscuridad, pero ya era suficiente para poderse ver las caras e incluso vislumbrar parte de los detalles de las estancias donde se encontraban.

Por fortuna, esa reserva de lámparas y velas era abundante, y la señora Cortland les tranquilizó a todos, asegurando que no agotarían la totalidad de la misma ni siquiera en una semana de oscuridad.

—El rayo ha debido caer en el cercano transformador —dijo el doctor Cortland, con tono malhumorado—. Es la única explicación

que justifica este apagón. En realidad, toda la región debe de estar igual.

Se asomó a una ventana, como para confirmar tal extremo, y meneó afirmativamente la cabeza al comprobarlo. La oscuridad en la extensión de terreno visible desde allí era absoluta.

Además, la luz del quinqué que esgrimía, reveló algo más inquietante en el exterior.

—Me temo que empezaron las inundaciones. Y no deja de llover —señaló con tono preocupado su esposa, que se había asomado junto a él.

Era cierto. Incluso Vanessa pudo advertir fácilmente el reflejo de la luz en las amplias dimensiones negras del agua estancada fuera. La propia casa aparecía rodeada, al menos, por una altura de media yarda de agua. Si el torrencial aguacero seguía como hasta ahora, y no había trazas que invitaran al optimismo respecto a eso, pronto subiría más aún el nivel del agua.

—Averiguaré si las inundaciones son generales —dijo el doctor Cortland, yendo al teléfono—. El puesto de policía del cercano pueblo debe saber ya algo de eso, porque tienen una emisora de radioaficionados...

—No te molestes, hermano —sonó la fría voz del músico desde el fondo de la sala—. Ya he intentado llamar yo al cabo Miles. Es inútil. El teléfono no funciona.

—¿Qué? —se alarmó Jason Cortland.

—Lo que te he dicho. —Ethan Cortland entró en la jala, con paso lento. Hacía ya rato que no sonaba el órgano, exactamente desde que se produjo el apagón—. Lo he intentado desde todos los supletorios. Ni siquiera se percibe señal. Es evidente que la tormenta no sólo ha fundido los interruptores del transformador, sino que también ha debido derribar algún poste telefónico. No hay línea.

—Cielos... Sin luz, sin teléfono... y rodeados por la inundación —musitó con voz estremecida Woody, el chófer—. Estamos aislados totalmente...

—No se alarme demasiado —sonrió Ethan, encogiéndose de hombros—. Esto no durará mucho. Para dormir, no nos molestará nada de ello, se lo aseguro. La casa está edificada sobre una elevación, hay sótanos y un cercano cauce seco habitualmente. La

posible inundación de toda la zona, no llegará a introducir una sola gota de agua en el edificio, esté seguro de ello. Ahora, creo que deberíamos ir todos a descansar, y esperar a que amanezca. A luz del día, todas estas cosas se ven de un color mucho más bonito, no lo duden.

Era una buena idea. Sobre todo, para Vanessa y las chicas. Todas sus alumnas mostraban un claro temor a las inquietantes circunstancias en que se hallaban, y evidentemente tenían razones para ello.

Mujeres solas, en una casa extraña, en una región que les era ajena, en una noche tempestuosa, sin luz, sin teléfono, aislados en el campo... y tras haber oído incluso historias sobre un asesino y sobre ciertas otras cosas que ni siquiera para Vanessa Graves aparecían demasiado claras.

—El señor Cortland tiene razón —fue la conclusión definitiva a que llegó la maestra del orfanato. Dio una seca palmada—. Vamos, muchachas. Todas a dormir. Es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias...

Se inició la marcha definitiva hacia las habitaciones, entre un bailoteo de llamas de keroseno o de cera, y un doble olor a estos dos productos, que se hacía denso en el aire ligeramente obsesivo de la casa victoriana.

Momentos más tarde, todos se hallaban en sus habitaciones. Vanessa ocupaba una, en compañía de la muchacha que eligió ella misma. Esa muchacha era la que sufriera el *shock* al oír hablar de un asesinato. Después de todo, Susan Hawkins era una muchacha hipersensible, inteligente e impresionable, quizá la que más necesitaba la compañía de una persona adulta. Además, era su último año en el orfanato, y Vanessa sentía por ella una especial predilección, aunque su trato con ella fuese idéntico al que daba a las demás. Estaba ya en la puerta, con el pomo en la mano, cuando Hasper Cortland se despidió cortésmente de ella, con una sonrisa.

—Le deseo feliz noche... si ello es posible bajo este techo, señorita Graves —dijo Hasper risueñamente—. Cosa que dudo mucho, sobre todo con las circunstancias que nos rodean. Pero, como dijo tío Ethan, es posible que, con el nuevo día, todo se vea más agradablemente. Buenas noches. Y esté tranquila. Si algo necesita, no dude en llamarme. Como ve, casi somos vecinos de

habitación.

Abrió la puerta situada frente a la de ella, pero dos puertas más allá de distancia. Vanessa asintió, con un asomo de sonrisa en su rostro ligeramente ensombrecido.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. Pero confío en que ello no sea necesario.

—Yo también. Sin embargo... nunca se sabe.

Y cerró tras de sí, sin añadir más a su inquietante comentario, tan oscuro como muchos de los que él formulaba desde su imprevista llegada a la casa.

Vanessa entró en el dormitorio, cerrando tras de sí. Pasó el pestillo para más seguridad, y puso el quinqué recibido de manos de Ethan Cortland encima de un viejo y pesado mueble, muy a tono con el edificio mismo y su ambiente. Contempló a la muchacha tendida en el lecho, junto al suyo propio, dispuesto ya con ropas blancas, limpias y de suave olor pulcro.

Susan dormía, su pelirroja cabecita de adolescente dejando derramar los cabellos cárdenos en amplia cascada sobre la almohada. Parecía dormir profundamente, estaba muy pálida, y sin duda el calmante que le aplicara el doctor Cortland había hecho su efecto en sus destrozados nervios, tras el accidente de carretera, el recorrido bajo la lluvia hasta la casa victoriana, y la posterior mención de un hecho tan impresionante para una mente joven y sensitiva, como era un crimen.

Vanessa se desvistió lo preciso, y se acostó en la limpia cama, tras reducir a un simple destello debilísimo la llama del quinqué. Poco después, a pesar de sus inquietudes y nerviosismo, dormía profundamente. El rumor de la lluvia, el clima cálido de la casa, el sentirse a seguro por aquellas horas, debió influir en su, propio relajamiento, y le concedió ese rápido sueño reparador.

La casa toda, pese a la abundancia de jóvenes huéspedes alojados en ella por aquella noche, fue pronto un reducto silencioso y oscuro, donde todos parecían dormir, deseosos de que la noche transcurriese lo antes posible, y ver el resplandor agradable y confortable de la luz diurna cuando abrieran los ojos.

Ellen y Diana, las dos jóvenes de lésbicas aficiones, dormían juntas.

Ambas habían procurado que fuese así, y ahora se sentían felices

por ello. No ocupaban los dos lechos gemelos, sino uno solo de ellos, estrechamente abrazadas y desnudas. Un momento antes, suspiros de goce habían escapado de sus labios, mientras se besaban de forma apasionada y sus cuerpos se enroscaban en un contacto poco casto, que parecía hacerlas muy felices.

La leve herida de Ellen no fue obstáculo ninguno para que las caricias y besos de su compañera de lecho la hicieran sumamente feliz, a juzgar por sus estremecidas convulsiones y sus entrecortados murmullos.

Ahora, los jóvenes cuerpos adolescentes, yacían inmóviles, sumidos en el sueño profundo de aquel reposo tras el doble esfuerzo de una noche incómoda y dura, y un embate temeroso de sus cuerpos deseosos de prohibidas expansiones.

Con sus manos apoyadas en la turgente dureza de los pechos juveniles de Diana, Ellen se quedó dormida profundamente, mientras sentía sobre sus ingles el calor de la piel de los muslos de su amiguita y compañera de estudios en el orfanato de Chatham, la Residencia Waterloo, instituida por la Fundación Havisham.

Así transcurrió el tiempo, mientras la casa toda dormía en silencio, aparentemente quieta, aparentemente tranquila y sin peligro para persona alguna acogida bajo su techo... A Ellen la despertó el dolor de su herida, que parecía ligeramente febril ahora. Abrió los ojos en la oscuridad, y supo que algo más la había provocado el salir de tan profundo sueño con cierta incomodidad.

El lecho estaba mojado. Y ella también. La humedad venía de encima de ella, amorosamente aferrada a su amiga, estaba Diana. Podía notar sus pechos sobre las manos, sus muslos en los muslos, pubis contra pubis...

Retiró una mano de los senos de su compañera de estudios y de juegos amorosos. La tenía mojada, viscosa.

—¿Qué diablos te ocurre? —murmuró, malhumorada, con voz pastosa por el sueño que aún la dominaba, unido al cansancio y a la lacerante sensación que le venía de la herida, en forma de palpitaciones—. ¿Qué es esto que estoy tocando? Estás mojada... ¿Acaso te has levantado a mojar te el pelo...?

Diana no le respondió. Ellen la zarandeó, para despertarla de su profundo sopor. Lo único que logró es mojarse más. Su amiga no respondió. Dormía tan pesadamente, que su cuerpo era como una

losa encima del suyo.

Cierto que era una muchacha llenita, pero no tanto como para resultar tan pesada.

—Diana, ¿es que no me oyes? ¿Qué ocurre? ¿Qué es esto que moja tu piel?

Y ante el silencio y quietud de su amiga, malhumorada, se incorporó en el lecho cuanto le permitía el peso del cuerpo de la chica, y extendió la mano, alcanzando los fósforos para prender y dar la luz de la vela situada en la mesilla.

Prendió un fósforo en el rascador, centelleó la llama en la cabeza del mismo... y pudo verse sus manos enrojecidas, empapadas de un líquido escarlata, pastoso y adherente.

Al mismo tiempo, vio a Digna con claridad. Sobre su propia cabeza, estaba la de ella, con los ojos desorbitados, la boca contraída, la piel lívida... y la sangre empacando sus pechos, su cuello, su vientre y muslos, en un largo y copioso reguero, que era el que le había desesperado con su contacto.

Emitió un largo, desgarrado grito de horror, y su fósforo se apagó, cayendo sobre las sábanas mientras Ellen, enloquecida, apartaba de sí aquel rígido cadáver que era su amiga, y saltaba de la cama, sin cesar de gritar estridentemente...

CAPÍTULO V

La conmoción en la casa fue total.

Sobresaltadas, despertaron las muchachas de su sopor con violencia, con auténtico terror en muchos casos, puesto que el alarido interminable, agudo, escalofriante, desgarraba el silencio de la casa de una forma casi enloquecida.

De repente, por doquier brillaron luces y se poblaron escaleras y corredores de diversas personas y lámparas, velones y hasta linternas eléctricas, procurando averiguar todos y cada uno la razón para aquel grito espeluznante.

Vanessa saltó de su cama como si la hubiese disparado un resorte automático, no sin antes dar totalmente la llama del quinqué. Susan seguía sumida en su sopor, del que el grito no lograba despertarla, quizá porque el sedante era lo bastante fuerte para mantenerla en esa dulce inconsciencia.

La joven profesora dudó, antes de descorrer el pestillo. Pero al oír voces de sus alumnas, así como el tono grave y profundo de la voz de Hasper Cortland, abrió la puerta y asomó al pasillo, poblado de sombras, rostros demudados y luces bailoteantes, que jugaban con grotescas y espantables sombras en muros y techo.

—¿Qué... qué sucede? —indagó, angustiada.

—No lo sabemos aún —dijo con voz serena Hasper, que llevaba una linterna eléctrica de bastante potencia—. El grito parece de una mujer, una de sus chicas sin duda...

—Dios mío... —La angustia casi ahogó la voz de Vanessa. Miró en derredor, viendo el grupo apiñado que formaban sus alumnas, en el centro del corredor—. ¿Sabéis algo, falta alguien...?

—Pues... no sé, señorita —la morena y rizada Cherry miró en torno, preocupada—. No atino...

—Yo sí —intervino Greta, con rapidez, apartando las rubias melenas lisas de su pálida faz—. Faltan Ellen y Diana.

—¡Ellen y Diana! —Vanessa las buscó en vano en el grupo—. ¿Dónde se alojan?

—En esa habitación —señaló Dona, rápida, mostrando una al fondo con su gesto.

Todas las miradas concluyeron en ese punto. La puerta estaba entreabierta, pero no se veía luz alguna en su interior. Ni a nadie en ella.

Corrieron hacia allá. Hasper. Cortland, con rapidez, se anticipó a todas con largas zancadas, tropezando casi con Woody, que corría hacia la puerta tratando de llegar antes que las chicas.

—Esperen —dijo abruptamente Hasper—. Yo miraré antes. No es por nada, pero...

Llegó a la puerta. Trató de empujarla para abrirla del todo, pero fracasó en el empeño. Al notar que tropezaba con un bulto, bajó la luz de la linterna al suelo. El haz de claridad blanca reveló unas piernas de mujer, hasta los desnudos muslos, interceptando la apertura de la hoja de madera. Al alargar más ese rayo de luz, descubrió un pubis femenino desnudo. Y manchas de sangre.

Woody estaba ya a su lado. Y la mirada lasciva que había dirigido a las piernas femeninas, se convirtió en imagen de horror al descubrir los regueros rojos.

—Cielos, ¿qué es eso? —jadeó.

—No lo sé —replicó Hasper, con tono frío—. Quédese aquí. Voy a verlo.

Saltó sobre las piernas de mujer, al interior de la habitación. Vanessa apartó a Woody y trató de averiguar algo. La visión de los muslos femeninos ensangrentados la horrorizaron. Un gemido escapó de sus labios.

—¡Señor Cortland! —susurró—. ¿Qué sucede?

—No entre —pidió él—. No aún. La chica que yace en el suelo está bien. Sólo que se ha desmayado. Tiene unas alumnas muy sensibles. Pero en este caso está justificado. La sangre que la mancha no es de ella. No tiene otra herida que la que curó mi tío Jason... ¡Dios mío!

La última interjección acusaba el hallazgo de algo peor. Vanessa trató de asomar por la puerta. La mano de Jason la retuvo, mientras su otra mano dirigía la luz a la cama.

—¡Señor Cortland! —le apremió—. ¿Qué está usted viendo?

¿Qué pasa ahí, por el amor de Dios?

—Quédese donde está. O llame a tío Jason. El nos hará falta. Pero creo que lo que estoy viendo ahí es... es un cadáver. Una de las dos chicas... está muerta. En la cama, señorita Graves. Y veo un cuchillo asomando en su espalda...

Vanessa se apoyó, lívida, en la pared, sintiendo que sus piernas temblaban. Al volverse, vio venir por el corredor a todos los Cortland, capitaneandos por Ethan. El gesto de todos ellos era una mezcla de inquietud y de temor. La miraron fijamente, al advertir su estado de ánimo.

—Señorita Graves, ¿qué está pasando aquí? —quiso saber Jason Cortland.

—No sé, doctor... Hasper... dice que... que hay una chica muerta ahí dentro... Usted debe... comprobar si es cierto o no...

Jason dijo algo entre dientes, palideciendo. Avanzó, saltando sobre las piernas desnudas, y se reunió con Jason. Ethan y Sheila se sujetaron las manos mutuamente, con una expresión angustiada. Luego, de repente, ella separó sus manos de las de él, tras mirarle con una repentina crispación indefinible, pero que daba la impresión de reflejar cierto horror o aversión.

—Señorita Graves, si es lo bastante fuerte para encararse a una situación nada agradable, puede pasar —sonó la voz de Hasper—. En caso contrario, quédese ahí, por favor.

—¡Hasper, esta muchacha está muerta! —se oyó rugir al doctor Cortland—. ¡Y lo ha sido de una cuchillada! ¡Es un asesinato!

—Maldita sea, de sobra lo veo, tío Jason —rezongó Hasper, malhumorado—. ¿Por qué no callas ya y dejas de amedrentar a las demás chicas?

Vanessa había hecho acopio de valor, y salvando la barrera de las piernas inertes de la chica desmayada, entró en la habitación. Un vahído de horror la asaltó, cuando las luces revelaron a la persona muerta y ensangrentada, boca abajo y desnuda sobre el lecho.

—¡Es Diana, Dios mío! —sollozó, sintiendo náuseas ante el espectáculo sangriento—. ¿Qué ha podido suceder aquí?

—No lo sabemos —manifestó Hasper—. Ya ve; está desnuda. Su compañera también. Y ella ha perdido el conocimiento. Sin duda es la que gritó, trató de salir de aquí... y el terror y la impresión la

vencieron, desplomándose antes de poder abandonar el dormitorio. Tío Jason, será mejor que te ocupes de esa otra chica. Por desgracia, la de la cama ya no necesita a nadie...

—Hasper, tu presencia parece estar maldita —jadeó el médico, mirando fríamente a su sobrino. Los ojos centelleaban, reflejando la luz de las velas y la linterna—. Otro asesinato bajo este techo... y estando tú presente en la casa. Es más que una coincidencia, ¿no crees?

—Tío Jason, si pretendes acusarme también de este crimen, habrás de esperar a mañana para hacerlo —le replicó Hasper, zumbón—. Recuerda que ahora no funciona el teléfono ni es fácil ir al pueblo a por el cabo Miles.

—Oh, por Dios, dejen sus horribles discusiones y ocúpense de la pobre chica... —gimió Vanessa—. Y de todas las demás. Ahora, ya no se trata de hablar de un antiguo crimen, sino de uno ocurrido ahora mismo... y cuya víctima es una de mis alumnas. Al parecer, esta casa no era el refugio ideal, precisamente, ni tan siquiera en una noche como ésta, caballeros...

—Lo siento, señorita Graves —suspiró Hasper, apresurándose a abandonar la proximidad del lecho sangriento, yendo hasta ella, a quien tomó por un brazo, acompañándola a la salida, mientras su tío Jason alzaba en brazos el cuerpo desnudo e inerte de Ellen, depositándolo sobre un sofá, para atenderla médicamente.

Salieron Vanessa y el joven Cortland. Fuera, un hacinamiento de personas asustadas y tensas, les rodeó en el acto. Woody, muy pálido, con ojos dilatados, tras dirigir una ojeada de soslayo hacia la desnudez de Ellen, humedeció sus labios y prestó atención a lo que la profesora respondía, en un alarde de serenidad, a las muchachas capitaneadas por la rubia Greta.

—Calmaos —rogó con voz apagada—. Será mejor que nos reunamos en alguna parte de momento, señora Cortland. No creo que sea prudente acostarse de nuevo, sin saber cómo sucedió ni quién lo hizo...

—Ella tiene razón —apoyó Hasper—. Al parecer, hay un asesino entre nosotros. Y a menos que esas des chicas pelearan entre sí, y una matase a la otra, es obvio imaginar que el culpable anda por aquí ahora... si es que no se trata de uno mismo de nosotros.

—No sería novedad —dijo duramente Ethan Cortland—. Tú ya

estuviste una vez aquí, cuando se halló a otra persona sin vida. Y, casualmente, también era mujer, joven y bonita...

—Pero ella era una mujer adulta. Ésta ni siquiera lo es. Se trataba de una muchachita, una adolescente... Eso sí, bonita y de bella figura. Un crimen abominable, sea quien sea su autor. La acuchillaron por la espalda.

—En eso, existe alguna diferencia —comentó sarcástica Sheila Cortland, con sus fríos ojos fijos en Hasper—. A la enfermera Sybil Lañe la degollaron, ¿recuerdas?

—No es fácil olvidar los detalles de entonces, tía Sheila —dijo con acritud el joven Cortland—. Los he podido recordar muchas veces, hablando con la policía o los psiquiatras. Aún me parece ver su cuerpo tendido ante mí, bañado en sangre, como el de esa jovencita...

—Ahórrate detalles —cortó Ethan—. Son innecesarios ahora. Creo que como dueño de la casa, tendré que hacerme cargo de las pesquisas iniciales, hasta que llegue la policía. De momento, si ella está muerta en verdad, se cerrará esa habitación sin que bajo pretexto alguno pueda entrar nadie en ella, ¿está bien claro?

—Como la luz del día —asintió Hasper—. Tío Jason está atendiendo a la otra chica. Debió sufrir un trauma muy fuerte. Ah, vi algo raro ahí dentro, señorita Graves...

—¿Qué? —Vanessa se volvió hacia él, curiosa.

—Una de las dos camas, ni siquiera había sido utilizada. Es obvio que ambas chicas se acostaron en el mismo lecho. Por eso la otra está también manchada de sangre. Y se acostaron desnudas...

Vanessa no supo qué decir. Bajó los ojos y humedeció sus labios. Woody, rápido, se aproximó, hablando insidiosamente:

—No es raro, señor —dijo—. Todos sabíamos que ellas eran... bueno, que se entendían, ya sabe. Estaban locas la una por la otra. Tal vez fue un crimen por celos... Ellen es una chica muy impulsiva...

—¡Cállese, Woody! —le cortó Vanessa con voz enérgica—. Me avergüenza que hable así de esas chicas. Su misión es conducir un coche, no mezclarse en asuntos ajenos.

—Lo siento, señorita Graves, pero un asesinato ya no es ningún asunto ajeno a cualquiera de nosotros. Incluso usted y yo, aunque seamos adultos, formamos parte de la misma expedición donde se

ha producido ya una baja: la de Diana...

—Su chófer me es particularmente desagradable y molesto, señorita Graves —terció fríamente Hasper Cortland, clavando sus duros ojos acerados en el malévolo Woody—. Pero por una vez, tiene razón. Habrá que interrogar antes que nada a la otra chica, para iniciar una especie de encuesta previa con aires de formalidad. En otro caso, no sabremos qué diablos hacer con todo esto que tenemos entre manos. ¿No te parece bien, querido Ethan? Si vas a ser el *coroner* del asunto^[2], creo que debes empezar por hacer bien las cosas.

—Estoy de acuerdo contigo, también sin que ello sirva de precedente —admitió el aludido secamente—. Y conste que sólo quiero aclarar algunas cosas e impedir que la situación se nos vaya de las manos. Señorita Graves, ¿alguno de ustedes llevaba consigo un arma capaz de asesinar a esa muchacha?

—No, cielos, claro que no —rechazó Vanessa—. Llevábamos la merienda, yo tengo una navaja para cortar las viandas, pero es pequeña, y va sujeta a mi llavero...

—No fue nada de eso lo que mató a la chica —cortó Hasper con aspereza—. Miren ahí todos. ¿Faltaba hace mucho ese arma, querido tío Ethan?

Todos miraron hacia donde señalaba el joven Cortland. Ethan soltó una sorda imprecación, y se aproximó al muro del corredor alzando la luz que llevaba consigo, para ver más de cerca la panoplia de terciopelo granate que pendía del muro, junto a un cuadro representando una batalla en tiempos de Cromwell.

Allí faltaba un arma de larga hoja, entre un pistolón y una ballesta. Sin duda, un sable o espada corta, de ancha hoja.

—Por todos los diablos, esta misma mañana estaba ahí, yo la vi al pasar —rezongó Ethan Cortland—. ¿Qué pasó con ella?

—Si tiene una empuñadura de metal dorado, con esmaltes verdes y rojos, la última vez que la vi, sobresalía de la espalda de esa muchacha muerta allí dentro, Ethan —fue la explicación fría y breve de Hasper Cortland.

Ellen sollozaba amargamente en un rincón, envuelta en una recia bata de lana que le entregara afectuosamente Sheila Cortland, la dueña de la casa. Luces de petróleo y de velas se mezclaban en una apariencia espectral, tratando de dar la mayor luz posible al

amplio salón que era *living* y biblioteca a la vez, donde se había decidido charlar y hacer preguntas adecuadas al caso, ante la fogata acogedora de un hogar de mármol que crepitaba ante el semicírculo formado por las otras siete muchachas, Woody, Vanessa, los Cortland y el mayordomo, Desmond, también levantado, somnoliento y aturdido, presente como todos en la convocatoria llevada a cabo formalmente por Ethan Cortland.

Éste tenía ante sí una mesa, dos candelabros con cuatro velas cada uno, para iluminar los papeles donde estaba anotando las declaraciones de todos, iniciadas con el testimonio profesional del doctor Jason Cortland, y continuadas con las del primer testigo del crimen, Ellen Harris, compañera de la difunta Diana Lyndon, y de Hasper como primera persona que entró en la cámara fúnebre.

Hasta ahora, todo resultaba rutinario y confuso. Ciertamente que ambas chicas dormían juntas, cierto que Ellen justificó eso diciendo que ambas tenían frío, explicación que no satisfizo en absoluto a Ethan Cortland, pero que éste dejó pasar sin meterse en más honduras, y también bien cierto fue que la empuñadura del arma que causara la muerte y hemorragia intensa a la infortunada víctima, era una espada antigua, de hoja corta y ancha, empuñadura de metal dorado con esmaltes verde y rojo, arrancada de la panoplia del corredor, y que precavidamente, Hasper había envuelto en un paño, atándolo, para evitar que nadie tocara su superficie, por si había huellas en ella al llegar la policía. Cosa que, al parecer, todos ponían en duda ahora.

También la habitación del crimen había sido cerrada, y precintada con unos cables de cobre, unidos con un laque de Ethan Cortland, para evitar cualquier maniobra que pasara desapercibida.

Todos coincidieron en que habían oído el grito y justamente entonces empezaron a abandonar sus habitaciones, alarmados. Incluso Desmond, que vivía en el ala opuesta del edificio, captó ese alarido horrible de Ellen Harris, pese al ruido de la lluvia y de los truenos, ya bastante lejanos.

En previsión de cualquier nueva desgracia, la habitación de Vanessa y de Susan Hawkins había sido cerrada con llave, y esa llave la tenía Vanessa consigo, tras haber lacrado también la puerta con unos alambres de cobre. En previsión de que Susan despertara, Ethan había puesto en su mesilla una campanilla de bronce que

podría ser claramente oída desde abajo. Pero Jason les calmó al respecto.

—Ella no llamará. No despertará. Es mejor dejarla encerrada por fuera, en defensa de su seguridad personal. Las cápsulas sedantes que le di son fuertes. Lo bastante para que esa chica duerma sin posible despertar durante doce horas cuando menos.

Resuelto ese punto, puesto que Sheila y Ethan aseguraron que no había otra llave de esa puerta, y que las demás no podían servir para ninguna otra cerradura que no fuese la propia, se inició la investigación.

Y en eso estaban ahora. Era la encuesta previa, improvisada por los Cortland, en busca de una razón para aquel horrible suceso. Fuera, continuaba la lluvia, implacable, y crecía la inundación de la zona. Pero eso, ahora, resultaba ya trivial y por completo secundario...

Era la existencia de un crimen, y por tanto de un desconocido y salvaje criminal, lo que a todos les tenía ahora en vilo.

—Woody, usted es el único miembro de nuestro grupo que duerme sólo en una habitación —apuntó de repente Vanessa, volviéndose al chófer del orfanato—. Y lo hacía muy cerca de la habitación de ellas dos. ¿No oyó otra cosa que el grito de Ellen?

—¿Y qué quería que oyera? —protestó éste, abriendo mucho los ojos—. Estaba muy dormido, lleno de fatiga y de dolor, hasta que sonó ese horrible grito... Mi cabeza me dolía, pese a los medicamentos del doctor Jason Cortland... Y sigue doliéndome, la verdad. Demasiado para sentirme bien.

—De modo que nadie oyó nada —dijo Ethan Cortland—. Ni siquiera la joven que dormía con la víctima, ¿no es eso, señorita Harris?

Ellen alzó la cabeza y asintió, sacudida por el llanto histérico todavía. Su voz sonó apagada, rota:

—No percibí absolutamente nada, ni siquiera su posible espasmo, su intento de gritar o cualquiera que fuese la cosa que tratara de hacer al sentirse apuñalada. Cuando la noté sobre mí, tan pesada y rígida, yo...

Se detuvo, enrojeciendo vivamente. La mención a la postura de la víctima, evidentemente, había salido de forma involuntaria de sus labios, y ahora comprendía las miradas que le dirigían todos, así

como la risita burlona que sonó allá donde estaba Woody. Carraspeo el improvisado coroner, tratando de eludir tan escabroso tema, y luego hizo un ademán, cortando toda posible declaración posterior de la muchacha.

—Bien, eso es suficiente, gracias... —Se volvió a los demás, muy en especial a Vanessa Graves, a quién manifestó con voz grave—: Creo que está claro que el asesino fue muy rápido en su acción, y que quizá la víctima estaba tan profundamente dormida como la testigo, cuando sufrió el mortal ataque. Quizás el culpable tapó su boca en ese instante, y clavó el arma profundamente, sabiendo que la longitud de esa hoja sería suficiente para atravesar el corazón de la muchacha inexorablemente.

Reinó un silencio en la sala tras esa teoría de Ethan Cortland. Hasper objetó, con aire indolente, sentado en un sillón, cerca del fuego, con lo que éste daba a su rostro y figura un resplandor rojizo, casi infernal:

—Quizá ni necesitó tal cosa. Imaginemos que, además de asesino, es un *voyeur*. La contemplación de los desnudos femeninos en la penumbra, pudo excitarle hasta el punto de desear morbosamente llegar al crimen. Pero supo esperar, paciente, a que la fatiga agotase a las dos chicas. —Vanessa estuvo segura de que no era imaginación suya la forma en que acentuó Hasper irónicamente la palabra fatiga—, y quizá sólo necesitó clavar una vez el arma, con toda energía, sorprendiendo en pleno sueño a su víctima, que murió sin llegar a despertar...

—Es otra teoría, tan válida como cualquier otra —suspiró Ethan, molesto por la injerencia de su sobrino—. Quizá nunca lleguemos a conocer ese punto.

—Hasta que el asesino sea aprehendido, naturalmente —rectificó Hasper, seco.

—Están mencionando a un posible *voyeur* —terció con voz tensa la morenita Cherry, con su audacia proverbial—. Todas aquí conocemos a alguien que encaja en esa descripción. Un tipo que se derrite cuándo contempla unos muslos o unos senos de mujer. Alguien que nos desnuda suciamente con la mirada, ¿no es cierto, chicas?

Hubo un general asentimiento, aunque no demasiado entusiasta. Ethan Cortland, así como Hasper e incluso el doctor Cortland,

vieron cómo las miradas de las chicas se fijaban en Woody, el chófer, que enrojeció violentamente hasta la raíz de sus cabellos, eludiendo las miradas de todos.

—Bien... ¿Qué tiene que decir a eso, Woody? —interrogó Ethan con acritud, clavando sus ojos en el acusado.

—Yo... —Woody tragó saliva—. Ellas... no tienen derecho a decir eso. Me... me gustan las mujeres como a cualquier otro. Y eso no significa que yo... que yo sea un malvado ni un criminal, maldita sea.

—Woody, nadie ha dicho eso, pero usted es un «mirón», en eso tuvo razón Cherry —señaló Vanessa, con firmeza—. Yo misma le he visto mirar a mis alumnas. Y ellas son demasiado jóvenes para usted. Son casi niñas, ¿es que no se da cuenta?

—¿Niñas? —resopló Woody, airado—. No parecen serlo tanto, después de saber cómo dormían juntas Ellen y Diana...

Los sollozos de la primera aumentaron de tono ante la acusación. Ethan dio un seco golpe sobre la mesa, severamente.

—Woody, no vuelva a decir inconveniencias —cortó—. Estamos aquí para investigar un crimen, no para acusarle a usted de gustarle las adolescentes, pero todo debe ser tenido en cuenta para el informe que demos a la policía. Ellos, en definitiva, y luego el auténtico coroner, resolverán sobre usted y sobre los demás, no yo. Ahora, sigamos con la encuesta...

Y continuó el interrogatorio, sin seguir una línea demasiado ortodoxa. De súbito, Vanessa se sorprendió, al notar unos dedos que se rozaban con los suyos, depositando en su mano un papelito arrugado. Miró a la persona que le tocaba. Era Olivia.

Los ojos de ésta le dirigieron una muda súplica. Y luego se desviaron. Vanessa tomó el papel. Lo desdobló, a la luz de un quinqué. Leyó el texto, apresuradamente trazado con un lápiz:

YO VI A WOODY ABRIR LA PUERTA DE ELLEN Y DIANA CON UN ALAMBRE O ALGO ASÍ. EL RUIDO ME ATRAJO. ERA POCO DESPUÉS DE ACOSTARNOS. SE LO CONTE A ANNIE. PENSAMOS QUE ELLAS GRITARÍAN. Y SI NO, ES PORQUE ESTABAN DE ACUERDO LOS TRES.

Vanessa frunció el ceño. Era una posibilidad horrible la que

sugería aquella revelación imprevista. Y no se podía pasar por alto, aunque Olivia, la testigo que dormía cerca de la habitación de las dos lesbianas, no quisiera mezclarse en el asunto.

—Un momento —pidió Vanessa—. Tengo un testimonio aquí. De momento, ocultaré a la persona, cuando menos hasta que me exija su nombre la policía. Pero hay un testigo que vio entrar a Woody en la habitación de Ellen y Diana.

Ellen dio un respingo, mirando con terror al chófer. Éste, repentinamente lívido, se agitó en su asiento, protestando con voz aguda, pero poco convincente:

—¡Eso es falso! ¡Miente quien lo dice! Yo nunca estuve allí, lo juro...

—Woody, ¿quiere que le enfrente a su testigo? —le interpeló Vanessa fríamente—. Utilizó un alambre para forzar la cerradura. Pero entonces acababan de acostarse todos, de modo que no le estoy acusando de crimen alguno, sino de intromisión en una alcoba femenina tan sólo. Díganos la verdad ahora mismo... o le entregaremos a la policía acusado de asesinato. No dude que con estos testimonios, no tendrá salida posible.

—Ya ha oído a la señorita Graves —remachó severamente Ethan Cortland—. No tenemos autoridad ni fuerza legal para obligarle a confesar nada, pero la policía recibirá gustosa un asunto tan claro contra un sospechoso, estoy seguro.

—Malditos sean todos... —jadeó Woody, temblorosa su voz, mirándoles con odio—. Yo no soy un criminal. Señorita Graves, yo solo... sólo sospechaba de esas dos chicas y de su amistad. Las había descubierto a veces en el autobús, tocándose o besándose. Las quise ver... en acción. Por eso entré, sin que lo advirtieran. Estaban en la cama ambas, tan entregadas mutuamente a sus vicios, que ni lo notaron. Me oculté tras el armario y vigilé en la penumbra. Las Oí gemir, suspirar... y vi cómo se retorcían de placer sus cuerpos desnudos. Luego... luego tuve que irme, porque ya no podía más.

—Imagino la escena —dijo el doctor Jason Cortland fríamente, acusándole con la mirada—. Se marchó cuando ya había consumado usted mismo algún placer solitario, ante la visión de las muchachas, ¿no es cierto?

—Sí... sí —jadeó Woody, bajando la cabeza—. No pude contenerme. Era todo tan... tan excitante...

—Es usted un sucio —le acusó Vanessa—. Un asqueroso mirón, un sádico capaz de todo. Me da asco.

—Creo que todos compartimos esa opinión, señorita —corroboró Hasper vivamente—. Está bien, Woody. —Ethan habló con dureza—. Yo no soy quién para acusarle de nada, ya se lo dije. Pero he tomado nota de su confesión. Irá a manos de la policía. Imagino que no se conformarán sólo con eso. Va a ser usted su principal sospechoso.

—¿Por qué yo? —Se rebeló airadamente el chófer, encarándose con el dueño de la casa—. ¿Sólo porque me gustaba ver lo que hacían dos sucias lesbianas adolescentes? ¡Hay cosas peores, señor Cortland! Por ejemplo, todo este tiempo me preguntaba qué hubo de notable en el hallazgo del cadáver de un asesino evadido de Londres, en estos parajes, hace tiempo. Ya saben, me refiero a Milton Bradwell, el hombre que murió en un accidente de carretera cuando huía...

—Eso no viene ahora a cuento —trató de cortar airadamente Ethan Cortland.

—¡Claro que viene a cuento, señor Cortland! —rió agresivo Woody, poniéndose en pie—. ¿Qué dirá la policía cuando yo les recuerde que ese asesino apareció muerto, pero con sus manos amputadas... precisamente cerca de esta casa, donde viven un famoso cirujano y un hermano de éste que tiene esas extrañas cicatrices en sus muñecas? ¿No le trasplantaron acaso, señor Cortland, las manos de un asesino cuando usted perdió las suyas propias?

CAPÍTULO VI

Vanessa Graves se inclinó sobre la durmiente, sumida en su profundo sopor. Besó los cabellos rojos y el rostro tranquilo y pálido de la muchacha. Luego, se incorporó, acariciando con afecto las mejillas frías y demacradas de su joven alumna.

—Pobre Susan... —murmuró—. Quizá vale más que no llegue a vivir todo este horror. Sería demasiado para su sensibilidad.

Estiró el embozo del lecho, y salió de la estancia, cerrando de nuevo tras de sí y aplicando los cables de cobre con el sello, cerrando herméticamente así la entrada a la alcoba. Hasper, desde el otro lado, la veía hacer. Desmond paseaba por el corredor, con un pesado revólver en el bolsillo de su bata de lana. El sueño había desaparecido de su rostro.

—¿Usted no se acuesta, como las demás? —indagó Hasper, curioso.

—No, no podría conciliar el sueño —suspiró Vanessa—. Prefiero tomar un café abajo, y sentarme a leer ante la lumbre.

—¿Me permite acompañarla? —sugirió Hasper, cortés.

Ella le miró, desconfiada, y él se echó a reír suavemente. Negó con la cabeza.

—No, no estoy planeando asesinarla, si es lo que piensa. Ni estoy loco, ni maté jamás a nadie. Ya le dije que todo fue un plan familiar para heredar mi parte. Otra persona mató a la enfermera Lañe. Me gustaría saber quién fue. Tal vez la misma que esta noche ha acabado con la vida de esa pobre chica...

—Sí, tal vez. —Vanessa comenzó a caminar hacia la escalera—. Está bien, puede hacerme compañía, señor Cortland. No me da usted miedo. No tiene aspecto de asesino.

—Oh, de eso no debe fiarse —tomento él—. Esté segura de que la persona que mató a la enfermera aquella vez, y quien ahora acuchilló a esa joven, posiblemente nos parezca a todos un ser

absolutamente normal y cortés.

—¿Sospecha de su familia, tal vez?

—¿De quién, si no? Sólo nosotros estábamos aquí la noche en que mataron a Sybil Lañe. Ethan, Jason, Sheila y yo. Y Desmond, naturalmente. Pero eso de que el asesino sea el mayordomo, sólo ocurre en las viejas novelas policíacas.

—¿Siempre bromea sobre asuntos tan serios?

—Es mi modo de ser. No puedo tomarme en serio ni la propia muerte. Por cierto, ¿qué impresión sacó antes de las palabras de ese chófer suyo?

—¿Lo que dijo Woody respecto a... a las manos de un asesino? No puedo creer que eso sea posible. Nunca hubo trasplantes de miembros completos, como las manos.

—Tío Jason es una eminencia en cirugía. Estoy seguro de que lo hizo. Las manos de Ethan no son las mismas que yo había visto antes, ya me fijé en ello cuando estuve aquí después de la intervención, y vi sus vendajes. Luego se los quitaron... y ocurrió lo de Sybil. Puede ser casual... o puede que no.

—Es una idea fantástica. Aunque haya logrado injertarle las manos de un muerto sin rechazo alguno, ¿por qué esas manos habrían de transmitir la voluntad criminal a su tío Ethan?

—No he dicho eso. Sólo comenté que puede ser o no ser casual. La enfermera Lañe era la ayudante de tío Jason, y colaboró en ese trasplante, según creo. Luego, alguien la asesinó. Y me culparon a mí.

—¿Había realmente algo entre usted y ella?

—Eso no estaría bien decirlo ahora. La chica murió, y eso basta.

—Lo siento. No imaginé que fuese todo un caballero, señor Cortland.

—Buen modo de ofenderme —suspiró él—. ¿Por qué no me llama solamente Hasper, señorita Graves? Soy el único hombre joven de esta casa, después de todo.

—Conforme. Seremos Hasper y Vanessa, simplemente. Como dos amigos.

—¿Desea realmente ser mi amiga y que yo lo sea de usted? —dudó Hasper.

Estaban ya en la biblioteca. El fuego ardía alegremente, las luces iluminaban lo más posible los rincones de estanterías repletas de

libros, y Sheila Cortland, la dueña de la casa, estaba retirando las tazas de café que había servido momentos antes a las jóvenes huéspedes y a todos los restantes habitantes de la casona. Al oírles llegar, se volvió, mirándoles pensativa, sin pronunciar palabra. Vanessa respondía ya, a la pregunta de Hasper:

—Pues... no sé. Lo cierto es que no puedo fiarme de nadie, usted lo dijo. Ni tan siquiera aunque me fuese simpático. Porque un asesino también puede ser simpático.

—De acuerdo —admitió Hasper—. Es una chica lista. Siga así, y no tendrá nada que temer, ni siquiera entre estos malditos muros que parecen condenados a la sangre y a la muerte. —¡Sólo cuando tú estás entre ellos, Hasper!— le reprochó duramente Sheila, acercándose a él con ojos llameantes. —Recuerda que en ambas ocasiones, tu presencia ha sido aquí hartamente sospechosa, querido Hasper. ¿Cómo vas a explicar eso a la policía?

—No tengo por qué explicar nada, Sheila —replicó él con acritud—. Sabes muy bien que tu querido esposo Ethan, esa especie de monstruo de película que tienes por marido, con las manos de un criminal en vez de las suyas, abrasadas en aquel accidente, cuando se le derramó el petróleo en el garaje, incendiándose, y tu cuñado Jason, médico y cirujano notable, son los dos mejores candidatos al título de criminales. Uno tenía relaciones con la enfermera, y el otro deseaba tenerlas. De ahí que uno de ellos resolviera matarla. Y entonces planeasteis entre todos la impunidad para el culpable, acusándome a mí para, de esa forma, apoderaros de mi legado. No vais a convencer ya a nadie con eso.

—Ahora no se trata de la muerte de Sybil Lañe, sino de la de esa pobre chica. Si Woody es un morbosos «mirón», tú puedes ser algo peor, y haberte aprovechado de su incursión, para llevar a cabo tus planes asesinos. O estás loco, Hasper, o eres tú el sádico obsesionado por el sexo y la sangre, estoy segura.

Dignamente, se alejó de ellos, saliendo de la biblioteca con un seco portazo. Vanessa cambió una mirada con Hasper. La luz de las llamas, bastante amortiguadas ya en los leños de la chimenea, alumbraba en rojo sus rostros.

—Ni siquiera su tía tiene demasiado buen concepto de usted —señaló Vanessa.

—Claro que no —rió Hasper—. Ella es la peor de todos.

Encubriría a su cuñado o a su marido fuera como fuese. Personalmente, creo que siempre le atrajo más Jason que Ethan. Pero es una hipócrita que guarda bien sus sentimientos bajo esa máscara de aparente honorabilidad y rectitud moral.

—No son una familia demasiado bien avenida, según veo.

—Jamás lo fuimos —confesó él, tomando la cafetera que había dejado Sheila medio llena, sobre un mueble, junto a un pote de agua caliente y bolsitas de té—. Supongo que prefiere café, ¿verdad?

—Sí, por favor —rogó Vanessa—. Sin azúcar.

—Aquí lo tiene —le sirvió lo pedido, y él hizo otro tanto—. ¿De veras no piensa acostarse e intentar dormir?

—No, no quiero hacerlo. Aunque usted se vaya a dormir, permaneceré aquí hasta que asome la luz del día.

—¿Sola en la biblioteca? ¿No sentiría miedo?

—No. Ahí veo otra panoplia —la señaló, entre los libros—. Puedo tomar una espada y aguardar aquí. No dejaré que nadie se me aproxime.

—Yo estoy ahora junto a usted —sonrió Hasper.

—Ya he pensado en ello. Pero no creo que usted sea el asesino.

—Cielos, eso es maravilloso. ¿De verdad confía en mí?

—No sé la razón, pero empiezo a creer que no es tan malo como parece.

—Su fe me conmueve, Vanessa. No tiene nada que temer. No me iré a dormir yo tampoco. Me quedaré aquí con usted. Después de todo, en menos de cuatro horas habrá luz.

—Tiene razón. En cuatro horas, es difícil conciliar el sueño cuando han ocurrido cosas tan horribles, ¿no cree? Pero no tiene que sacrificarse por culpa mía...

—No será sacrificio —rió Hasper—. Y si llega usted con vida al nuevo día, mis queridos parientes no podrán acusarme de nada. Será una gran decepción para ellos, estoy seguro. —Suponiendo que todo sea como usted dice, y yo siga viva— sonrió Vanessa con amarga ironía.

—Sí, por supuesto. Pienso estar con usted en todo instante, no perderla de vista, para que ello sea así. No quisiera que le ocurriese nada, habiéndonos dejado juntos mi tía Sheila. Ella sería capaz de enviarme esta vez a presidio de por vida, si algo le ocurriera a

usted. —De modo que tendré un guardaespaldas fiel, sólo por su propio egoísmo, ¿no es cierto, Hasper?

—En cierto modo, sí. Pero su vida es la que cuenta aquí.

—¿Cree que sólo las mujeres peligramos en esta casa? —Hasta ahora, son las únicas víctimas habidas. Raro, ¿no?

—Sí, un poco —admitió Vanessa, pensativa—. Tal vez sea cierta la existencia de un sádico, si es que Woody no fue esta vez el asesino...

—Dejemos ahora el crimen, se lo ruego. Hablemos de usted, por ejemplo.

—¿De mí? —se extrañó Vanessa—. ¿Por qué razón?

—Porque somos amigos en cierto modo, y estamos pasando juntos la velada. Es mejor no hablar de cosas desagradables. Cuénteme su vida, y yo le hablaré de la mía. Será un modo como otro cualquiera de pasar la noche...

—No le falta razón. Verá: soy huérfana, y me crié sola. Por eso me gusta mi tarea, ayudando a esas chicas a valerse por sí solas, aun sin tener padres. El orfanato donde trabajo me contrató para suplir a otro profesor menos comprensivo que yo, y...

Estuvieron charlando largo rato de cosas relativas a ellos dos. Hasper, según sus palabras, era un bohemio y aventurero que rara vez hincaba sus raíces en alguna parte. Admitía ser violento, agresivo y duro, y tomarse todo poco en serio. Pero mentalmente, según los médicos, estaba sano por completo, y no había en él ni sombra de anormalidad psíquica que pudiera hacerle sospechoso de violencia criminal, como sostenían sus parientes.

Fue una charla agradable y amena entre ambos jóvenes. Vanessa había llegado ya casi a olvidar totalmente el ambiente opresivo y amenazador en que se hallaba en estos momentos en la casona victoriana, cuando de repente ocurrió algo que les retrotrajo a ambos, violentamente, a la cruda y hosca realidad de aquella noche siniestra.

Arriba sonó un estruendo de vidrios rotos, y un grito agudo de terror, proferido por una garganta femenina, volvió a romper el silencio con su nota de alarma apremiante y estremecedora.

CAPÍTULO VII

Otra vez la angustia, el pánico, la incertidumbre.

Otra vez las carreras, las voces, el bailoteo de luces y sombras, el ascenso precipitado de las escaleras, en busca de la causa de aquella brusca ruptura del silencio nocturno.

Porque el estruendo de vidrios rotos y el grito de mujer habían venido de arriba otra vez. Y no podían significar sino algo horrible en la interminable noche de terrores que estaban viviendo.

Vanessa Graves subió las escaleras a toda prisa, casi arrastrada por Hasper Cortland, que la sujetaba por la mano férreamente. Llegaron arriba, y la luz de la lámpara que empuñaba el joven, reveló ya el primer desastre ostensiblemente.

Desmond, el mayordomo, yacía sobre la alfombra del corredor, sobre unas amplias manchas de sangre que parecían brotar de su cabeza. En el suelo, yacían dos objetos: su linterna eléctrica y su revólver sin utilizar.

Hasper se inclinó sobre él y examinó su cabeza. Su voz sonó ronca:

—Le golpearon en el cráneo. Está malherido, pero vive... —Giró la cabeza, y vio venir tras de Vanessa a Jason Cortland y a Ethan algo más atrás. Señaló al caído, incorporándose—. Jason, mira a ese infortunado. Tú puedes ayudarle, no yo.

Y sus ojos escudriñaron las puertas, que estaban abriéndose ya, medrosamente, al oírse las voces y pisadas de todos ellos. Asustadas, pálidas y sobrecogidas, las caritas de las jóvenes alumnas iban apareciendo en sus huecos, con expresión de vivo temor. Vanessa las recorrió, angustiada, tratando de saber si, aparte la dormida e inconsciente Susan Hawkins, faltaba alguien más entre sus discípulas.

Se estremeció de repente. Dilató sus ojos.

—Greta... ¿Dónde está Greta? —musitó—. Y Cynthia... También

falta ella. ¿Las habéis visto?

—Yo... yo dormía con Cynthia —balbuceó otra chica, dando un paso adelante, con un evidente temblor en sus brazos y piernas—. No sé adonde iría. No está en su cama... Vanessa miró a la que había hablado. Se aproximó a ella.

—Dona... —musitó—. ¿Cuándo ha sido eso?

—No lo sé. Logré dormirme... Me despertó ese ruido de vidrios, ese grito... Juraría que era Greta quien gritó.

—Yo también lo creo —asintió a su vez vivamente Annie, desde su puerta—. La voz de Greta es inconfundible...

Vanessa se estremeció. Había pensado lo mismo al oír aquella voz. Su corazón palpitaba con fuerza. Clavó sus ojos en la única puerta que permanecía cerrada, salvo la suya propia y la de la habitación donde estaba el cadáver de Diana Lyndon.

—Greta duerme sola —recordó—. Su puerta está cerrada. Cherry duerme con Vicky... ¿Estáis ahí también vosotras?

—Sí, claro —asintieron ellas, saliendo a la zona de luz—. Y Ellen está con nosotras ahora. Duerme en el sofá...

Ellen Harris también apareció tras ellas. Annie y Olivia completaban el grupo. No había duda. Seguían faltando dos chicas: Greta y Cynthia. Y una sola puerta cerrada: la de Greta...

—Hay que abrirla —dijo con voz ronca, acercándose a la puerta cerrada—. Hay que hacerlo... sea como sea.

—Yo lo haré —afirmó Hasper, sin vacilar.

Y cargó contra esa puerta violentamente. Jason y Ethan quisieron decirle algo. Pero Hasper les miró fríamente tras el fallido primer intento, y volvió a la carga. Se desgajó brutalmente la cerradura, llevándose por delante astillas de recia madera en esta ocasión. Hasper penetró con violencia en la estancia reservada a Greta.

—¡Dios mío! —Le oyeron gritar—. ¡Cuidado, que las chicas no vean esto!

Vanessa palideció intensamente. Temía lo peor. Las palabras de Hasper no hacían sino confirmarlo. El, que todo se lo tomaba poco en serio, había hablado tremendamente grave, con tono sombrío y duro. Los Cortland cambiaron miradas de inquietud entre sí. El doctor estaba atendiendo a Desmond, y contempló a su cuñada y hermano con temor, dejando de prestarle atenciones al caído.

Las muchachas estaban sobrecogidas. Sabían que algo había ocurrido. Y ese algo no podía ser sino un nuevo desastre. Vanessa, impulsiva, cruzó el umbral.

—¿Qué es esta vez? —quiso saber—. Creo que puedo soportarlo, por duro que sea...

Casi no lo soportó. Se tambaleó. Hasper trató de ir en su ayuda, pero la joven profesora se rehízo, irguióse serenamente, aunque sacudida por el impacto del horror, y contempló, despavorida, la trágica escena de la estancia cerrada. La luz de la linterna de Hasper Cortland revelaba con nitidez lo ocurrido.

Cynthia era la víctima esta vez. Yacía a los pies de la cama de aquella habitación. Un hacha se había hincado sobre su nuca, partiéndole la cabeza en dos, como si fuera una nuez. Masa encefálica, huesos y sangre formaban una pulpa horrenda sobre sus cabellos y ropas de dormir. El hacha aparecía hincada hasta casi el final de su recia hoja afilada. Había sido un impacto brutal, demoledor y terrible.

Al fondo, una ventana mostraba sus destrozadas vidrieras. Y al pie de esa ventana, yacía Greta, con su rubia melena dispersa, extendida sobre el pavimento oscuro. En principio, también parecía muerta.

Pero Hasper la tranquilizó al respecto cuando se acercó a ella. La tomó el pulso, examinó sus pupilas y la auscultó en breves instantes. Alzó la cabeza hacia Vanessa.

—Menos mal —jadeó—. Vive. Sólo está inconsciente. Alguien debió golpearla...

Vanessa no dijo nada. Miraba a una puerta lateral del dormitorio, abierta y revelando la claridad mortecina de una vela casi consumida. Era un servicio, un lavabo. Hasper Cortland endureció su gesto al seguir el curso de la mirada de la profesora. Sin vacilar, aferró una silla pesada, con suma facilidad, y avanzó hacia la puerta, avisando roncamente a la joven:

—Usted no se acerque aún. Tengo que ver lo que ocurre ahí... si es que ocurre algo.

Asomó al cuarto de aseo. No pasó nada. Entró en él, silla en alto. Su sombra bailoteó grotesca en el muro, cuando cruzó el umbral. Volvió al poco, con gesto ceñudo.

—Nada —dijo—. Es un cuarto de baño muy amplio, muy

destartalado. La ventana sólo está entreabierta. Y podría servir para salir una persona por ella. O para entrar.

—¿Y hay medio de trasladarse a alguna parte por ahí? —indagó ella.

—Si es una persona ágil, sí. Está la cornisa del edificio, que rodea la casa. También da a ese ventanal destrozado... —Y señaló el que estaba tras de Greta.

Ya iban entrando los Cortland, la estancia se llenaba de luces. Sheila emitió un gemido de horror, y su marido la sacó de allí, haciendo que se quedara con las muchachas del orfanato, arremolinadas todas en hacinada pila en medio del corredor.

—Otro espantoso crimen... —La voz de Ethan era casi un lamento.

—Y esta vez no pueden achacármelo a mí —dijo Hasper duramente—. Estuve todo el tiempo con la señorita Graves, en la biblioteca. Ella confirma mi coartada. Y yo la suya, queridos parientes. ¿Qué os parece eso? ¿Decepcionante, quizás?

Ethan y Jason le miraron, ceñudos, sin hacer comentario alguno. Este último fue hasta Greta. La trató de reanimar. La rubia muchacha empezó a dar señales de vida.

La lluvia entraba torrencialmente por la ventana rota, llenando de agua el suelo. Hasper se asomó por el destrozado boquete, cuidando de no ser herido por las agudas aristas de sus márgenes. Miró algo en el exterior, y regresó adentro.

—La cornisa tiene huellas —dijo roncamemente—. Señales de pisadas. Alguien escapó de aquí por ese boquete, regresando a alguna parte, tal vez a una de las otras habitaciones de la casa. Pudo ser cualquiera. No usó el corredor para escapar.

—Pero Desmond... está malherido —le recordó Jason.

—No dije que entrase por aquí, sino que salió, tras destrozarse los vidrios. Y en ese momento, Greta vio algo... y debió desmayarse de la impresión. Veremos lo que nos puede contar, ahora que recuperará el conocimiento.

—Miren esto —dijo Ethan con voz angustiada—. La chica muerta... Antes de ser destrozada con el hacha... algo sucedió. Véanlo... Es espantoso.

Jason y Hasper fueron a la víctima. Vanessa les siguió, estremecida. El joven Cortland se volvió, reteniéndola. Su voz era

hosca al hablar:

—Espere, por favor. No vea esto. No es nada grato.

—¿Puede haber algo peor que ese espantoso hachazo, Hasper?
—gimió ella.

—Hay algo complementario. Está llena de golpes. Cuando la mataron, quizás estaba inconsciente. Le arrancaron su prenda más íntima... y la violaron. Hay huellas claras de ello. Lo siento.

Vanessa ocultó el rostro entre las manos. Y sollozó ahogadamente.

—Dios mío —gimió—. Ha sido un hombre... un sádico.

—Eso señala una sola dirección... —dijo fríamente Ethan Cortland—. ¡Woody! ¿Alguien le ha visto últimamente?

—No —confesó Hasper, sorprendido—. Sólo nos preocupamos de buscar a las chicas, por si faltaba alguna... Woody, maldito sea...

Salió disparado de la estancia, y Ethan corrió tras él, intentando frenar sus ímpetus. También lo hizo Vanessa, temiendo lo peor.

—No, Hasper, espere —le pidió por el camino—. No cometa una locura. Es preferible que le condene la justicia a que usted haga una tontería... No se ciegue por eso.

—No es fácil contenerse, Vanessa, pero no pienso linchar a ese cerdo, si es lo que teme. ¡Sólo que no quiero que esta vez escape fácilmente, si es el sucio bastardo que fue capaz de tal cosa!

Alcanzó la puerta cerrada de la habitación de Woody, el chófer. Llamó repetidamente, sin recibir respuesta. Iba ya a cargar contra la hoja de madera, cuando Ethan, fríamente, aplicó el cañón del revólver de Desmond a la cerradura, y apretó el gatillo.

Un estampido retumbó en la noche, despertando ecos en la lúgubre casa, y la cerradura se hizo añicos. Hasper entró el primero, resueltamente.

Woody no estaba en su lecho. Ni en parte alguna. La ventana aparecía abierta de par en par, y la lluvia entraba copiosamente en la alcoba. Tampoco se le encontró en el anexo destinado a cuarto de aseo. No había ni rastro de Woody allí.

Hasper asomó a la ventana abierta. Estiró su brazo a la cornisa. Cuando regresó, llevaba algo en su mano. Una prenda color rosa pálido, con encajes. La mostró a Vanessa. Ella se estremeció. Sus ojos se dilataron.

—Las braguitas de ella... Son las de Cynthia, seguro...

—Esto concreta las cosas. Ha sido Woody. El la violó...

—¿Y... la mató?

—No sé. En buena lógica, eso parece. Hay que dar con él, sea como sea. Sólo así sabremos lo que ocurrió realmente. Esta vez confesará, no lo dude. ¡Vaya si confesará! Ahora salgamos... —Se volvió hacia Jason y Ethan, que estaban en la puerta, sombríos y ceñudos—. Bien, «señor coroner», ¿qué tal si inicia otra encuesta con las declaraciones de Desmond y de Greta?

—Sí —admitió roncamente el dueño de la casa—. Estaba pensando en ello, Hasper. Y también en organizar la cacería de ese maldito Woody. Tiene que estar aquí aún, sea donde sea. No puede haber escapado con esa inundación que rodea la finca. Terminaría por hundirse en una zanja y morir ahogado...

Vanessa Graves, demudada, con la braguita rosa de Cynthia entre sus dedos crispados, les siguió, esperando ver lo que resolvía todo aquello.

CAPÍTULO VIII

Desmond fue breve en su declaración. La venda que envolvía su herida cabeza le daba al infortunado mayordomo un aire grotesco. Su palidez era marmórea, y parecía muy impresionado. Nadie podía reprocharle todo eso, tras lo sucedido.

—Estaba de guardia cuando oí un ruido a mi espalda, al caminar hacia el fondo del corredor. Era una puerta que se abría sigilosamente, estoy seguro de ello. Me volví. Apenas si vislumbré una sombra no lejos de mí, pero avanzando rápida en las penumbras hacía mi persona. Le di el alto, traté de usar el arma... y no rae dio tiempo de nada. Debía de ser mucho más joven y ágil, porque me sorprendió, recibí un golpe terrible en la frente, y ya no recuerdo nada más...

Una declaración decepcionante. Por el momento, eso no aclaraba gran cosa, pese a que Ethan trató de afinar lo más posible el interrogatorio en la biblioteca:

—¿Alguna idea sobre su identidad, sobre el origen del ruido de aquella puerta, Desmond? Medite bien la respuesta, puede ser importante.

—Nada, señor —se disculpó patéticamente el sirviente—. Ni siquiera hubiera podido jurar si era hombre o mujer. Sólo vi una sombra fugaz, algo que caía sobre mí... y me desplomé. En cuanto al origen del ruido, pudo ser cualquier puerta, puesto que yo estaba ya más allá de la del dormitorio del señorito Hasper... y muy cerca de la puerta del cuarto clausurado, donde se guarda el cadáver de la primera joven asesinada.

Eso era todo. Greta, muy pálida y temblorosa, ocupó su lugar ante Ethan Cortland. Vanessa se puso al lado de su discípula para darle aliento y valor.

—Bien, señorita —suspiró Ethan, nervioso—. ¿Puede recordar lo que vio y la obligó a gritar de ese modo?

—Sí, señor —asintió ella, llevando un soplo de esperanza a todos los presentes en la biblioteca, que eran la totalidad de las personas allí alojadas, con la excepción lógica del desaparecido Woody, de la dormida Susan y de las dos víctimas cobradas—. Puedo recordarlo con total nitidez. Nunca lo olvidaré, estoy segura...

—Por favor, ¿quiere contárnoslo todo con detalle, señorita Bolton?

Greta Bolton asintió. Dirigió una mirada a Vanessa, que le sonrió alentadora, oprimiendo al mismo tiempo su hombro, y la rubia muchacha abrió mucho sus claros ojos ingenuos, comenzando con voz insegura su relato de los hechos, tal como ella los había vivido aquella espantosa noche de pesadilla, en el cuarto de Cynthia, la segunda víctima del feroz asesino:

—Yo duermo sola, por ser una habitación de sólo una cama, como ustedes saben. Estaba adormilándome, bastante asustada por cierto, cuando oí que Cynthia llamaba en mi puerta, identificándose. Oí sus golpes, que me asustaron bastante, y luego su nombre citado en voz muy baja.

—Un momento —cortó vivamente Ethan, volviéndose a Desmond, que escuchaba el interrogatorio—. ¿Usted no vio ni oyó en momento alguno a la señorita Cynthia llamando a la puerta de la habitación de la señorita Greta Bolton?

—Bueno, eso sí... —Tragó saliva Desmond—. La señorita Cynthia era muy simpática y risueña. Me pidió por favor que la dejase ir a charlar un rato con su amiga. Iba solo con su camisón, sin nada sospechoso sobre sí, y yo estuve presente hasta que la señorita Bolton abrió. Charlaron en voz baja, amistosamente, y la dejó entrar. Cerraron, y eso fue todo. La señorita Bolton me saludó sonriente desde su puerta, incluso.

—Es cierto. Vi a su mayordomo y le hice un gesto de que todo iba bien —asintió Greta—. Yo no podía sentir miedo alguno de la visita de mi compañera Cynthia. Hemos estado juntas muchas veces, y éramos buenas amigas. Recuerdo que me habló de que no podía dormir por el terror que sentía, y que había empezado a pensar cosas, y recordaba algo, relacionado con el orfanato, que la preocupaba mucho, y que nunca había revelado a nadie. Según ella, eso podía tener que ver con la muerte de nuestra compañera Diana. Yo le pregunté si estaba segura de algo así, y me dijo que la persona

a quien ella se refería, ya había sido culpable anteriormente de un horrible crimen, y lo había sabido por casualidad. Era algo que casi nadie sabía en el orfanato, y valía la pena ir a decírselo a la señorita Graves lo antes posible, o no sería capaz de conciliar su sueño.

—Sin duda se refería a Woody —señaló Ethan, ceñudo—. Siga. ¿Le dio ese nombre?

—No llegó a hacerlo. Yo creí oír ruido en la ventana, y me alarmé. Pero no vimos a nadie cuando abrí, asomándome fuera. Cerré, ante la fuerte lluvia, y calmé a Cynthia de sus repentinos terrores, diciéndole que iríamos juntas a ver a la señorita Graves. Ella pareció más calmada. Yo tomé mis ropas y me metí en el cuarto de aseo para arreglarme... Eso fue todo.

—¿Qué? —se extrañó Ethan Cortland—. ¿Todo? ¿Y su grito? ¿Y su desvanecimiento?

—No sé nada de todo eso —confesó asombrosamente Greta—. Lo cierto es que, de repente, una vez hube cerrado el cuarto de aseo, un brazo me rodeó el cuello, y otro se puso sobre mi boca y nariz, amordazándome. Aspiré algo acre, de fuerte olor, y perdí la noción de todo...

—Un narcótico —masculló Jason Cortland, incorporándose—. Seguro que falta de mi botiquín... Voy a verlo en seguida.

Abandonó la estancia con premura, y siguió su hermano:

—Señorita Bolton, ¿está segura de que eso fue todo? ¿No gritó usted, al ser destrozada la ventana?

—No, claro que no. Yo no pude regresar junto a Cynthia. Tal vez alguien me llevó hasta allí una vez inconsciente. Pero yo no llegué a gritar. No me fue posible.

Todos se miraron con perplejidad. Rápido, Hasper se volvió a Desmond, preguntando:

—¿Transcurrió mucho tiempo entre el ataque que usted sufriera y la llegada previa de Cynthia a la habitación de la señorita Greta Bolton?

—Oh, sí, seguro, señorito Hasper —asintió el mayordomo—. Al menos... un cuarto de hora o más.

—¿Cuánto cree usted, señorita Bolton, que transcurrió entre la entrada de su amiga en la habitación y el ataque sufrido en el cuarto de aseo? —interrogó luego con celeridad, volviéndose a Greta.

—No más de tres o cuatro minutos, seguro. Ni uno más.

—De modo que tenemos, cuando menos, diez minutos en blanco —dijo Hasper, mirando irónico a su tío Ethan, el improvisado coroner—. ¿Te das cuenta? Diez minutos, durante los cuales, el agresor de Greta Bolton atacó a Cynthia, la violó salvajemente, y luego la mató. Finalmente, hay que suponer escapó por la ventana del lavabo, la misma que usó para entrar, y rompió los cristales desde fuera, emitiendo un grito parecido al que proferiría Greta Bolton.

—¿Por qué desde fuera? —protestó Ethan—. Es una teoría gratuita...

—No lo es, tío Ethan, porque los vidrios están dentro, sobre el cuerpo de Greta y alrededor suyo. Eso indica que el asesino rompió la vidriera desde la cornisa, antes de huir, no sé por qué razón.

—Un momento —cortó Vanessa—. El asesino tuvo que usar el corredor. Si no, ¿quién atacó a Desmond, el mayordomo?

Siguió un profundo silencio. Hasper arrugó el ceño. Miró a Vanessa, perplejo.

—Cielos, admito mi error —confesó—. Eso no encaja. Pero el ataque fue sufrido casi un cuarto de hora después de entrar Cynthia en la habitación. Y era de alguien que iba hacia la habitación de Greta, no venía. Recuerde que él estaba de cara a esas puertas, y fue atacado por la espalda.

—Buena charada —admitió Sheila Cortland, pensativa—. Por una vez, debo admitir que Hasper tiene razón. Y que la señorita Graves puso el dedo en la Haga.

—¿Quieren que les diga mi opinión? —sugirió de repente Hasper—. Creo que en este asunto hay, en todo caso, dos personas diferentes. Una, violó a la chica. Otra... la mató. Cayó un silencio aplastante sobre todos. Jason Cortland, al entrar, lo rompió con su voz crispada y llena de inquietud:

—Estaba en lo cierto: me han quitado del botiquín un frasco de cloroformo. Y el cadáver de la chica, Cynthia, huele a cloroformo en su boca y nariz, acabo de comprobarlo arriba... Por otro lado, de la panoplia del salón no solamente falta un hacha, la usada para el crimen, sino también un mazo con cadena de hierro y bola de pinchos. Un arma terrible, capaz de hundir cráneos fácilmente... ¿No les parece obvio que nuestro terrible asesino prepara otras

muerter ya?

Alucinadas por el horror, las adolescentes del orfanato y su profesora se miraron llenas de un renovado y supremo espanto. Sabían que, en todo caso, cualquiera de ellas era la víctima propiciatoria del asesino.

La reunión en la biblioteca tenía algo de lúgubre. Era como estar esperando algo que podía producirse en cualquier momento, como presentir una amenaza latente que estaba allí mismo, con todos ellos, y que era cuestión de tiempo que se materializase en un nuevo horror imprevisible.

Quizá por ello, en esta ocasión nadie quería dormir, nadie se movía de los asientos elegidos, allí frente al fuego del hogar, tomando café o té para calmar el frío, la destemplanza y la inquietud.

Ni uno solo de los presentes se había decidido a regresar a su lecho para intentar un sueño que sabían que no iba a venir, y que además podía ser lo bastante peligroso como para no despertar de él jamás.

—Está bien —había dicho Ethan Cortland, tras escuchar el común acuerdo de todas las muchachas, así como el de Vanessa Graves—. Creo que su decisión es la más prudente, señoritas. Dadas las circunstancias, es mejor permanecer aquí en vela por el resto de la noche. Dentro de tres horas escasas, será ya de día, y podremos intentar algo. Además, ellos repararán el teléfono, y eso nos bastaría para pedir ayuda a la policía refiriendo lo sucedido aquí. Cuando menos, pueden enviar un helicóptero, si los caminos están intransitables, y hacerse cargo de la situación definitivamente. Ellos sabrán mejor qué hacer.

Y así se había decidido. El tiempo pasaba lento, fatigoso e interminable. Afuera seguía lloviendo. Y los presentes, huraños, absortos, ensombrecidos, parecían sumidos en los pensamientos más profundos e incómodos.

Hasper Cortland se acercó a Vanessa con dos tazas de café. Le tendió una. Ella le sonrió con agradecimiento, tomándola en su mano.

—Gracias —musitó—. Es usted muy amable, Hasper.

—Me gusta ser amable con usted, Vanessa —sonrió él tristemente, sentándose a su lado—. Después de todo, somos los

únicos que estamos mutuamente seguros de que no somos asesinos.

—¿Qué quiere decir? —Enarcó ella las cejas, con perplejidad.

—Creo que ya me entiende —se inclinó hacia ella confidencialmente—. Estuvimos juntos todo el tiempo. Sabemos que somos los únicos fuera de toda sospecha. Sin embargo, también sabemos algo: uno de los presentes es el asesino.

Vanessa se removió inquieta en el asiento. Miró en derredor, contemplando las caritas pálidas de las muchachas, contemplando a los Cortland, al silencioso Desmond, medio adormilado en un sofá, con su cabeza vendada...

—Sí, he llegado a pensarlo —asintió sombríamente—. Tal vez Woody sólo sea lo que todos sabemos: un sucio obseso, un *voyeur*... y hasta un violador. Pero asesino... no sé. —Mi teoría es simple: Woody entró por la cornisa en la habitación de esa chiquita rubia, Greta Bolton. Por casualidad, Cynthia entró en la alcoba, y a Woody debió gustarle más la idea de violar a una chica como Cynthia, llenita y de formas llamativas, que a la otra muchacha. Había robado de alguna forma el cloroformo de Jason, y lo utilizó para dormir primero a Greta y luego a Cynthia. Violó a ésta, arrastró a Greta hasta el dormitorio, dejándola allí. Luego, se fue por donde había venido, y se llevó consigo las braguitas, por fetichismo, perdiéndolas en la cornisa. Simultáneamente a su marcha, alguien golpeó a Desmond en el corredor, para entrar en la habitación de Greta Bolton. ¿Vigilaba a Cynthia o iba en busca de Greta? Yo no me inclino por la primera versión, puesto que dejó con vida a Greta. Mató brutalmente a Cynthia con el hacha arrancada de la panoplia del salón, y luego utilizó el mismo camino para evadirse que el usado antes por Woody: la cornisa. Sólo que antes de alejarse de regreso a su punto de origen, quiso poner una pincelada de terror en la escena, y golpeó la vidriera desde la cornisa, destrozándola, quizá con esa bola de hierro erizada de púas que ha citado tío Jason, emitiendo luego un grito que imitaba la voz de Greta Bolton, para ponernos a todos en pie de alarma.

—Es un modo de obrar escalofriante —se estremeció Vanessa—. Sin duda, el asesino está loco. Y conocía bien la voz de Greta... Eso señala de nuevo a Woody.

—Quizá Woody volvió, pero no parece probable. Cualquiera puede imitar la voz de su discípula. He observado que es algo

aguda, muy infantil.

—Tal vez tenga razón, pero todo esto me da un miedo atroz. Estamos en manos de un loco asesino, virtualmente.

—Sin duda —asintió pensativo Hasper—. Sin duda alguna, mi querida amiga...

—Bien, el café se ha terminado —suspiró en voz alta Sheila Cortland—. Y creo que todos necesitamos otra taza. Voy a la cocina a por más.

—Espera —dijo su marido—. No debes ir sola a ninguna parte... Recuerda que ese maldito Woody aún no ha aparecido, pese a nuestra búsqueda de hace un rato...

—Yo no estoy totalmente segura de que Woody sea el culpable —replicó secamente Sheila, mirando a su marido—. La verdad, no me fiaría de ningún hombre para acompañarme a la cocina esta noche.

—¿Ni siquiera de mí? —se sorprendió su marido.

—Ni siquiera de ti.

Hubo un difícil silencio. Hasper rió entre dientes, burlón, y Jason se limitó a enarcar las cejas, mirando con asombro a su cuñada. Vanessa juzgó que debía algo a aquellas personas, y podía terciar en la cuestión. Se puso en pie.

—Yo la acompañaré, señora Cortland —dijo—. ¿Se fía de mí?

—Claro, hija —asintió ella, con un asomo de sonrisa—. Es la única persona aquí que me merece confianza. Vamos. Pero será mejor que llevemos el revólver con nosotras. Es una simple precaución...

Y tomó el arma que antes llevaba Desmond, dirigiéndose a la puerta con la jarra de café vacía. Vanessa, resueltamente, la siguió. Hasper señaló, burlón:

—Tenga cuidado, Vanessa. Aún no está probado que mi tía sea inocente...

—¡Estúpido! —le reprochó secamente Sheila a su sobrino.

Abandonaron la estancia las dos mujeres. Sus pisadas se alejaron por los amplios salones de la residencia victoriana, hacia el ala de servicio. Había luces de petróleo y de velas por el camino, pero aún así, Vanessa llevaba en su mano una potente linterna eléctrica, dando luz a los lugares que recorrían.

Así llegaron a las estancias de servicio de la casa. En la cocina se

oía bullir el agua. Sheila Cortland explicó a su compañera:

—Está todo preparado ya. Con café soluble, haremos otro par de litros de infusión para todos. Sus pobres chicas están muertas de terror y de nerviosismo. Y no hay para menos. Se dirá que en mala hora se vinieron a refugiar en esta casa...

—No les culpo de nada a ustedes. Ni siquiera sabemos si hay un intruso criminal en la casa... o si realmente Woody lo hizo todo —manifestó Vanessa roncamente.

Sheila Cortland la miró en silencio. Luego, dijo algo con tono apagado:

—Recuerde que ya una vez hubo aquí un crimen. Y nunca se aclaró...

Vanessa no dijo nada. No hubiera sabido qué responder, a fin de cuentas. En ningún momento había olvidado ese suceso. Y no podía quitarse de la cabeza la idea de que uno de los Cortland era un asesino.

—Por favor, ¿quiere traerme el café? —dijo Sheila Cortland, mientras preparaba la jarra y el agua caliente para la infusión—. Hallará un bote grande en el armario de esa despensa, al fondo de la cocina...

—Sí, claro —asintió Vanessa, presta a ayudarla.

Fue al fondo de la cocina, y abrió una puerta. La linterna recorrió el interior, hasta detenerse en un armario o alacena situado al fondo de la amplia y oscura estancia, donde se apilaban sacos de arroz, legumbres, sal, azúcar y otras viandas almacenadas en la casa.

Avanzó hasta el mueble y lo abrió, buscando el bote de café soluble. Encontró media docena de ellos alineados en una alta estantería. Pero la mayoría estaban totalmente llenos y sin abrir. Encontró uno mediado de contenido, y se alzó para tomarlo, dejando la linterna sobre una mesita inmediata, en la que había una madera y un cuchillo para trincar carne.

En ese momento, hubo un ruido sordo en la cocina, a sus espaldas, y el rodar de un objeto metálico por el suelo. Creyó oír también un jadeo o voz humana muy apagado. Sintió un escalofrío.

Y la linterna rodó sobre la mesa, cayendo al suelo, donde se apagó al golpearse.

Vanessa se quedó en la oscura despensa, sólo con el reflejo de

unas velas procedentes de la cocina, y con la seguridad absoluta de que había alguien más allí.

La helada zarpa del terror, se engarfió sobre su corazón, inmovilizándole casi. Unos pasos apagados, lentos, sonaron en la cocina, tras ella.

Notó que se le erizaban los cabellos. Y un soplo tenue, extinguió la luz de las velas allá fuera. La oscuridad ahora fue absoluta.

CAPÍTULO IX

Dominó su terror lo mejor posible. Se agachó, sin hacer el menor ruido, notando aquel hormigueo helado en su nuca, aquella sensación escalofriante en toda su persona. Tanteó el suelo, en busca de la perdida lámpara eléctrica.

No podía hablar ni tan siquiera gritar. Notaba la boca seca, los labios repentinamente adheridos, la garganta incapaz de emitir sonidos. Le temblaban las rodillas y las manos. Estaba segura de algo.

El asesino estaba allí. A poca distancia de ella.

El recuerdo sangriento de los cuerpos de Diana y de Cynthia llegó nítido a su mente. Sangre, un corazón hendido, un cráneo destrozado... También evocó a una joven enfermera sobre un charco de sangre, tiempo atrás. Y a un criminal evadido, muerto en accidente de carretera, sin manos. Y a otro hombre con costuras en sus muñecas, como un moderno Frankenstein, con manos trasplantadas de un cadáver reciente...

El horror era superior a todo lo imaginable. Su cuerpo se agitaba en espasmos fríos de angustia y desesperación. Los dedos rozaron el frío metal cilíndrico de la linterna, y alzó ésta lentamente. Avanzó, muy despacio, hacia la cocina. Todo era mejor que esta incertidumbre espantosa. Incluso verse cara a cara con el horror mismo, con la muerte. Es decir, con el asesino.

Y pulsó el botón de la linterna, proyectando ésta hacia la cocina, una vez en el umbral de la despensa.

El botón chascó bajo su dedo. Pero siguió sin dar luz.

Estaba averiada la bombilla, sin duda. Se habría roto al caer. No tenía modo de ver nada en absoluto.

La certeza de que estaba allí, a solas con el loco criminal, agarrotaba sus músculos y paralizaba sus nervios. Sentía una necesidad imperiosa de huir, de echar a correr, pero ¿hacia dónde?

¿Cómo escapar de la amenaza cruel de un sádico asesino?

Se apoyó en el muro, tratando de serenarse, de no dejarse cegar por el pánico. Su memoria funcionó de nuevo. ¿Dónde había visto poco antes una caja de fósforos?

Ya recordaba. En la alacena, junto a los tarros de café soluble.

Retrocedió otra vez, lentamente, tanteando en la oscuridad total. Llegó a la mesita de la madera y el trinchante. Tuvo una repentina idea. Aferró la empuñadura del objeto cortante, y retuvo éste en Su mano. Con la otra, tanteó en la alacena. Tuvo mala fortuna. Uno de los tarros se derribó al rozarlo, y se hizo añicos en el suelo, a sus pies. Contuvo el aliento, mientras el ruido parecía retumbar en toda la casa. Por desgracia, esto no era cierto. Nadie sabría lo que estaba sucediendo, allá en la biblioteca, hasta que fuese demasiado tarde y les sorprendiera su tardanza en volver.

No ocurrió nada tras ella. Y esta vez, dio con los fósforos. Era difícil prenderlos con una sola mano. Sin abandonar el cuchillo un instante, Vanessa rascó uno de la caja, y avanzó rápida hacia la cocina.

El leve resplandor le bastó. No chilló de terror porque no podía ni emitir sonidos. Pero llegó a descubrir a la señora Cortland, al pie de la cocina. El agua hirviente se había desparramado al caer el bote.

Ella yacía de bruces en el suelo. Algo le había aplastado el cráneo brutalmente. Había sangre, huesos y algo más, disperso por la cocina. La sangre lo salpicaba todo.

Recordó la bola de hierro erizada de pinchos. Era el arma que pudo producir este caos sangriento. El asesino había golpeado de nuevo. Y el asesino seguía allí, en alguna parte de la cocina... quizás esperándola a ella...

Vanessa retrocedió, angustiada. Necesitaba salir de allí de alguna forma, y no sabía cómo. Miró desesperadamente en torno. Encerrarse en la despensa, podía ser un recurso. Pero si no acudía alguien desde la biblioteca, estaba perdida. Aquel mazo medieval, utilizado contra una puerta frágil, no encontraría problemas para abrirse camino. En escasos segundos, su protección estaría totalmente abatida.

La profesora, sin embargo, no tenía otro recurso. Allá, en la amplia cocina, en los corredores de la casa, acechaba la muerte,

alguien esperaba su reacción para abatir sobre su cabeza el arma terrible...

Vanessa regresó con rapidez al interior de la despensa, y cerró la puerta tras de sí. Descubrió un grueso cerrojo, al tacto, y logró correrlo, con un chirrido de metal oxidado. Luego, se apoyó en la puerta, con un suspiro de relativo alivio.

—Tienen que preocuparse si tardamos... Sobre todo Hasper. El siempre está alerta, él siempre sospecha y teme... Oh, Dios, que venga, que venga alguien armado...

Recordaba bien que la señora Cortland había llevado consigo un arma. Pero no la había visto ahora. El revólver no estaba junto al cadáver. Sin duda lo obtuvo el criminal, tras matar a la dueña de la casa...

Encendió otro fósforo. Miró en torno, tratando de identificar en toda su amplitud la despensa. Estaba aquella alacena, los sacos... y otro armario arrinconado, sobre el que había colgado unas hojas de bacón ahumado. Se aproximó a ese armario, por si hallaba dentro algún arma más contundente que el trinchante, como podía ser un hacha o algo parecido.

Se le apagó el fósforo. Encendió otro, y avanzó hasta el armario, sin que fuera de la despensa hubiera ruido o sonido alguno que pudiera inquietarle. Abrió las puertas de madera esmaltada.

El fósforo escapó de sus manos, se apagó con un chisporroteo, en unas gotas de grasa, y volvió la oscuridad, profunda y terrible.

Esta vez, Vanessa sí gritó. Gritó aguda, desesperadamente, con frenético terror demencial, ante la visión que le ofrecía el armario cerrado.

Dentro de éste, había encontrado, encogido y sangrante, el cadáver del chófer del orfanato, Woody, también con el cráneo pulverizado de forma espantosa a base de golpes de mazo.

Por si todo ese espanto fuese poco, a sus espaldas, dentro de la despensa, sonó una suave risita trémula, una mano helada tocó su cuello, y una voz que le era sobradamente conocida, la habló siniestramente en la oscuridad:

—¿Está asustada, señorita Graves? Por favor, no tema... No la haré sufrir...

Esta vez, sí. Esta vez, el pánico, la incredulidad, el terror, legaron que sintiera cómo se erizaba el cabello en su nuca.

Horrorizada, se volvió, gritando un nombre hacia la oscuridad, hacia las sombras amenazadoras situadas tras ella:

—¡SUSAN! —chilló—. ¡Susan Hawkins! ¿Tú?

—Sí, señorita Graves —sonó la voz de la pelirroja muchacha, su favorita, la que pasaba su último año en el orfanato de Chatham, la misma compañera de habitación a quien había creído en todo momento bajo el efecto de los sedantes del doctor Jason Cortland, profundamente dormida—. Sí, soy yo... Cynthia lo sabía. Yo soy quien ha matado a todos. Todos tenían motivos para morir... Sólo usted no debería morir. Pero sabe demasiado. Ahora sabe que soy yo... Hubiera acabado por saberlo...

Se dio luz en la oscuridad. En una mano de la pelirroja y bella Susan Hawkins, brilló una pequeña linterna eléctrica. En la otra, colgaba el horrible mazo de hierro, la bola medieval, erizada de púas, y cubierta de sangre, de cabellos humanos y esquiras de hueso...

CAPÍTULO X

—Pero ¿por qué, Susan, por qué? —Casi sollozó Vanessa, rotos sus nervios, pálida como un cadáver.

—Usted no lo entendería —sonrió Susan, con rostro espectral, mueca crispada, ojos brillantes y enloquecidos, al aire sus largos cabellos rojos, flotando el camión en torno a su delgada figura—. No debieron mencionar la palabra asesinato... Despertó recuerdos dormidos en mí... Mí «otro yo», ¿comprende? Creí... creí que después de haber matado a mis tíos, los que me criaron, ya no volvería a hacerlo...

—Tú... ¿tú mataste a tus tíos, Susan? Creí... creí que fue... un accidente... —jadeó Vanessa, aterrada.

—Provocado por mí —rió Susan cruelmente—. Me trataban mal. Prefería el orfanato. Por eso manipulé su coche. Se mataron en la cuesta de casa. Fui libre, encontré amigas en el orfanato, una vida mejor... Pero nunca podía olvidar aquel hecho. Pensaba si sería realmente una asesina... Al llegar aquí, esta noche, ese hombre, Hasper, habló de un asesinato... y sufrí un *shock* terrible... yo era también una asesina. Resolví seguirlo siendo, acabar con todo aquel que me resultara repugnante y odioso... Así maté a esa sucia lesbiana de Diana... Dejé viva a Ellen para que sufriera. Y maté a ese repulsivo violador, a Woody, cuando le seguí hasta su habitación, tras matar a Cynthia... Le hice creer que yo también quería ser suya. Le atraje aquí, el muy necio lo creyó, sin sospechar nada, babeante de viles deseos... y le maté aquí mismo ocultando su cuerpo en esa alacena...

—Y a la señora Cortland... ¿por qué, Susan, por qué?

—Ella era mala, señorita Graves. Usted no sabe nada. YO, sí. Mientras me suponían allí, dormida y encerrada, me dediqué a recorrer las estancias de esta casa, incluso las de sus dueños. Encontré un Diario de la señora Cortland... En realidad, tenían la

fuga a punto. Creo que ella mató a la enfermera Sybil Lañe, hace años, porque su marido iba a escaparse con ella en breve. Lo sabía, les había sorprendido en una escena amorosa, aunque aparentemente ella se hacía la digna con Ethan Cortland y mantenía relaciones con el doctor Jason Cortland... En realidad, tenían la fuga a punto. Creo que Ethan siempre ha sabido que fue su mujer la culpable, pero no ha querido decir nada, ha pretendido ignorarlo...

—Dios mío, Susan... Tú... Estás enferma. Muy enferma. No eres culpable de nada. Suelta ese mazo... Trataré de ayudarte...

—No —cortó ella, tajante, echándose atrás y mirándola colérica—. No iré a ningún manicomio, si es eso a lo que se refiere. Yo estoy sana. Sólo que me gusta esto. Me gusta matar, adoro ver la sangre humana correr... Deseo aplastar gusanos que no merecen vivir. Gusanos como mis tíos, malditos sean ellos...

—Susan, ¿cómo... cómo pudiste hacer todo eso? El sedante del doctor... tuvo que dejarte dormida. Era muy fuerte, él lo dijo...

—Lo vomité —rió Susan—. Apenas lo puso en mi boca y me dio agua... yo tosí, él se distrajo... y vomité las cápsulas de «Vallium». En ningún momento estuve dormida.

—Dios mío, Susan... ¿Y por qué yo ahora? ¿Por qué? He sido tu amiga, te he ayudado siempre...

—Por la misma razón que murió Cynthia. Sabe demasiado, señorita Graves. Cynthia sabía que yo maté a mis tíos. Me acusó un día de ello, porque había leído mi expediente en el orfanato, y luego no sé cómo, se enteró de que la policía sospechó entonces de un crimen, aunque luego olvidó esas sospechas. Cynthia era muy curiosa, y ahondó en eso. Me vio un día... matando a un perro de la vecindad del orfanato.

—¿Un perro? ¿Se trataba de... de «King», el perro de los vecinos?

—Sí. Yo lo maté echándole encima un coche aparcado cuya marcha manipulé. Era un mal perro. Había matado a un gatito del orfanato que yo quería mucho. Merecía morir. Cynthia supo que yo había manipulado el encendido del coche, recordó lo sucedido a mis tíos... y vi la sospecha, la muda acusación en sus ojos. Nada dijo. Pero esta noche, la vi ir hacia la habitación de Greta, y temí lo peor. Iba a hablar, porque sospechaba de mí nuevamente, sabía que yo había matado a Diana Lyndon...

Enmudeció. Luego, alzó lentamente el mazo medieval. Vanessa tembló.

—Es tarde, señorita Graves —dijo—. Van a extrañarse de su tardanza. No tema. Ya le dije que acabaré en seguida. Un solo golpe bastará. No me encontrarán. Saldré por el exterior, usaré la cornisa para volver a mi cama. Soy la que tiene mejor coartada. Descubrí lo de la cornisa un poco tarde, cuando ya había roto el sello de lacre de la puerta para sorprender a Desmond... Reparé ese sello y nadie notó nada. La cerradura se abre bien desde dentro, cosa en la que nadie pensó, temiendo sólo que pudiera ser abierta desde fuera, ¿verdad, señorita Graves? Ustedes temían por mí... no temían nada de mí. Y así son las cosas... Seré compasiva con usted. Lamento hacerlo. La quiero de veras, pero...

Alzó más la terrible esfera negra, salpicada de sangre, y comenzó a hacerla girar al extremo de la cadena de hierro. Un golpe bastaría para hundirla el cráneo, eso seguro, pensó Vanessa con amargo horror y resignación.

—Está bien, Susan. Adelante —invitó, serena, fría—. Si crees que eso sirve de algo... Pero terminarás mal. Nadie puede matar impunemente...

—Yo, sí, —rió Susan Hawkins—. Adiós, señorita Graves...
Y se dispuso a descargar el golpe fatal.

Los disparos atravesaron la hoja de madera. Uno, dos, tres proyectiles. Tres detonaciones. Tres orificios en la puerta de la despensa.

Susan Hawkins emitió un gemido ronco. Su mano vaciló. Soltó el mazo, con expresión de horror y de angustia. Vanessa la vio oscilar, agitarse... y la sangre brotó por sus labios, en un hilo que se hizo más copioso y burbujeante acto seguido.

Cayó de bruces, ante la mujer que iba a ser su víctima. Quedó inmóvil, sangrando por tres boquetes en la espalda. Vanessa vaciló, a punto de derrumbarse.

—¡Vanessa! —Sonó la voz de Hasper Cortland, al otro lado de la hoja de madera—. ¡Vanessa, responda, por el amor de Dios! ¿Está usted bien?

Alguien cargó violentamente contra la puerta, a la vez que sonaba un nuevo disparo, y la cerradura saltaba en pedazos.

—Sí... —sollozó ella—. Estoy... bien... Gracias a Dios, Hasper...

llegó usted...

El joven Cortland entró impetuoso en la despensa, arma en mano. Llegó a tiempo de recogerla en sus brazos. Le habló, apretándola contra él.

—Escuché el final de la historia, pegado a esa puerta. Me preocupaba usted, y vine en busca suya. Hallé el cuerpo de Sheila y me imaginé el resto... No sabía si disparar, por miedo a hierirla, pero no había otro remedio. Intentar entrar, significaba que esa demente la atacaría, matándola antes de morir. Y me jugué el todo por todo, con la esperanza de que las balas no llegaran a hierirla a usted.

Llegaban en tropel los demás, todos unidos para no separarse en la sombría casa de los crímenes. Ethan sollozó al ver a su esposa muerta, y se arrodilló junto a ella. Jason se arrodilló a su vez junto a Susan Hawkins, a quien todas las demás muchachas contemplaban con mudo horror.

—Está muerta —dijo Jason con un suspiro—. Tal vez fue mejor así para ella...

—Lo fue, sin duda —asintió Hasper—. Y también para Sheila. Oí hablar a la chica. Ella encontró el Diario de na Sheila. Fue la que mató a Sybil...

—Siempre había sospechado algo así —asintió Jason, sombrío—. Pero no me atrevía a decirlo, a imaginarlo siquiera...

—Vamos, Vanessa —pidió Hasper a la muchacha, llevándola fuera de allí—. En cuanto podamos salir de aquí, nos iremos lo más lejos posible. Esta casa está maldita. En ella parece existir algo nefasto... que se reveló de nuevo esta noche.

—Dios mío, pensar que el Mal estaba entre nosotras... —susurró Vanessa—. En medio de un grupo de inofensivas adolescentes de quienes nadie podría sospechar nunca...

—El Mal puede estar en cualquier lugar. Está en todas partes, Vanessa... Vamos, tiene que descansar un poco. Ahora ya no hay nada que temer. Absolutamente nada... y amanecerá pronto. Además, está cesando la lluvia. Todo termina. Incluso lo malo...

Y rodeó con afecto y ternura los hombros de la muchacha con su recio brazo. Ella pareció agradecerlo, y se reclinó en el hombre, como necesitada de su aliento y protección, ahora más que nunca...

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] Autores típicamente Victorianos. Masón escribió, entre otras, la epopeya de «Las cuatro plumas», y Kipling, aparte obras como «El libro de la selva» o «Kim», fustigó a veces con ironía defectos victorianos, si bien su obra fue siempre un canto a la épica militar colonialista del viejo Imperio británico. < <

[2] En Inglaterra, se denomina por el nombre de *coroner*, a la persona, juez o no, que se encarga de la encuesta previa por homicidio o asesinato, antes de que ésta pase a los tribunales de Justicia de un modo definitivo y formal. < <